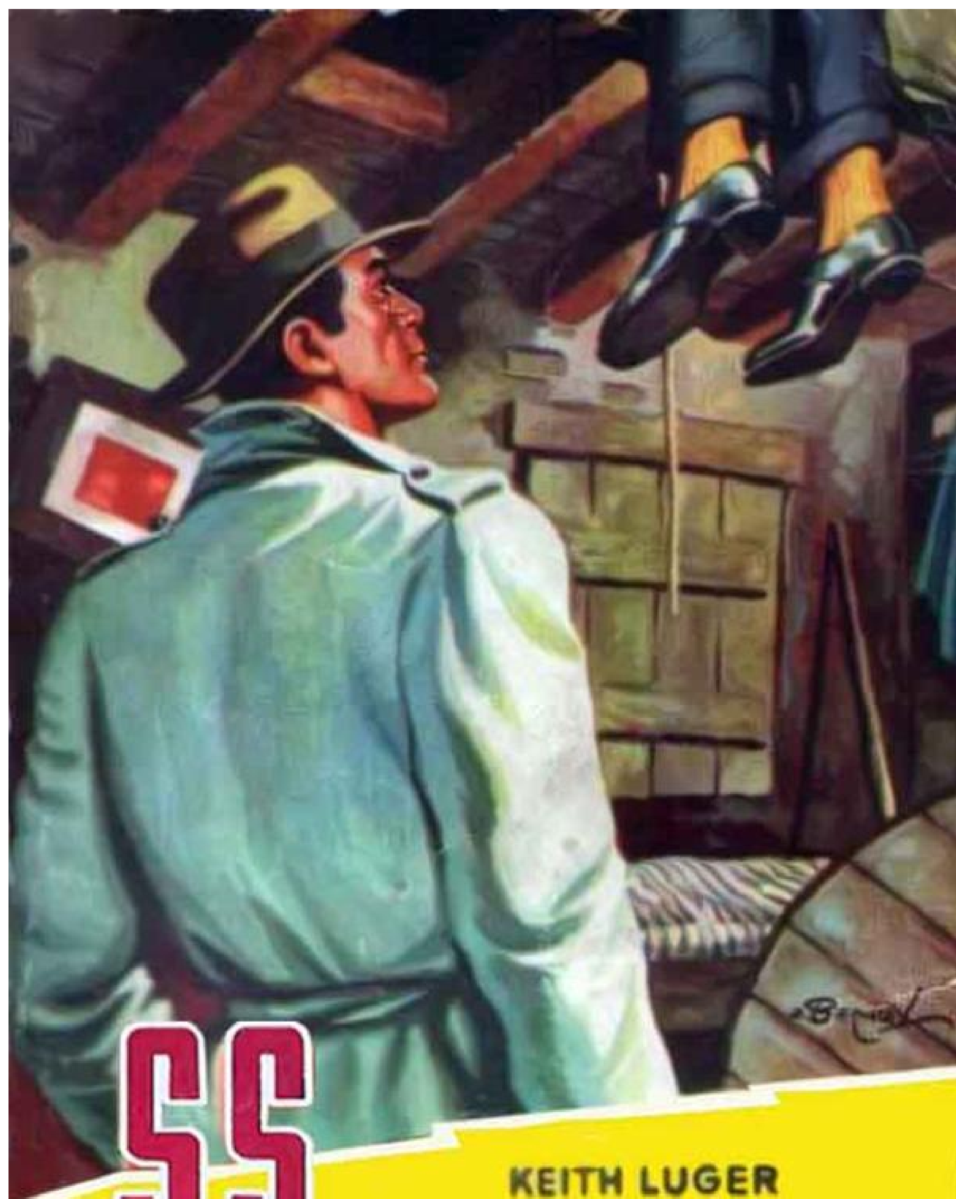


SS

SERVICIO SECRETO

KEITH LUGER

LA RUBIA DESAPARECIDA

El encargado del registro, un hombre de cabello aceitoso y ojos saltones, frunció el ceño y se puso a examinar el libro.

—¿Ha dicho Varden, señor Maxwell?

—Sí.

—Lo siento, no tenemos ninguna señorita Varden en nuestro hotel.

—No es posible —repuso Maxwell—. Debe estar aquí.

—Lo siento —repitió el encargado—. Al menos, no se habrá inscrito con el nombre de Julie Varden. Quizá, ha utilizado otro.

—No, ella no tiene ninguna razón para utilizar otro.



Keith Luger

La rubia desaparecida

Bolsilibros - Servicio Secreto - 461

ePub r1.0
LDS 15.03.19

Título original: *La rubia desaparecida*
Keith Luger, 1959
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





KEITH LUGER

LA RUBIA DESAPARECIDA

1ª. EDICCIÓN
ENERO - 1959

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2-T. 284453

BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

—Hace el favor, ¿habitación de la señorita Julie Varden? —preguntó Dick Maxwell.

El encargado del registro, un hombre de cabello aceitoso y ojos saltones, frunció el ceño y se puso a examinar el libro.

—¿Ha dicho Varden, señor Maxwell?

—Sí.

—Lo siento, no tenemos ninguna señorita Varden en nuestro hotel.

—No es posible —repuso Maxwell—. Debe estar aquí.

—Lo siento —repitió el encargado—. Al menos, no se habrá inscrito con el nombre de Julie Varden. Quizá, ha utilizado otro.

—No, ella no tiene ninguna razón para utilizar otro.

—Insisto en que no se encuentra en este hotel.

—¿A qué hora llega el tren de Nueva York a Centerville?

—A as seis cuarenta —el encargado observó su reloj de pulsera—. Llegó exactamente hace una hora y treinta y cinco minutos.

—¿Cuándo llega el próximo?

—Ya no habrá otro hasta mañana, señor Maxwell.

—¿Y el avión?

—No tenemos aeropuerto, aunque sí hay uno muy cerca, en Canyon City, está a siete millas dé aquí.

—¿Existe servicio regular entre Canyon City y Nueva York?

—Sí, señor. Hay un avión que llega de Nueva York en días alternos. Hoy precisamente es su tumo.

—¿A qué hora tiene la llegada?

—Veintiuna quince.

—Muy bien, gracias. Estaré en mi habitación. Si la señorita Varden llegase entretanto, comuníquemelo inmediatamente.

—Sí, señor Maxwell.

El encargado hizo una señal y un mozo llegó rápidamente y se hizo cargo de la valija que estaba en el suelo y de la llave.

Subieron a la habitación.

Dick permaneció pensativo y no se dio cuenta de que el mozo estaba esperando la propina hasta que éste carraspeó suavemente.

—Oh, sí —murmuró y sacando un billete de a dólar se lo puso en la palma de la mano.

—Gracias, señor. ¿Desea alguna cosa más?

—Sí, me gustaría beber.

—¿Un *whisky*?

—Que sea doble.

El mozo se marchó dejando a solas a Dick. Éste encendió un cigarrillo y se puso a pasear por la estarcía.

¿Y si Julie había sufrido algún contratiempo antes de salir de Nueva York?

Se acercó rápidamente al teléfono y descolgó el auricular. Pidió a la señorita de la centralilla conferencia con Nueva York y le dio el número de la Editorial Holmes, donde Julie trabajaba como dibujante artístico.

Oyó una voz femenina.

—¿Si? ¿Quién llama?

—Oiga, señorita, soy Dick Maxwell, prometido de Julie Varden. Quisiera hablar con ella.

—¿Qué tal, señor Maxwell? Soy Lucille Adams, muy amiga de Julie.

—Lo celebro, señorita Adams.

—Enhorabuena, señor Maxwell.

—Gracias.

—El caso es que Julie se despidió ayer por la tarde de nosotros. Tuvimos una pequeña fiesta. Dijo que tomaría el tren a primeras horas de la mañana.

—¿No han sabido nada de ella en todo el día?

—No. ¿Pasa algo, señor Maxwell?

—Simplemente que no ha llegado aquí y me preocupa un poco.

—¿Ha llamado usted a su apartamento?

—No; pensé que llamándola a la oficina ganaría tiempo.

—Se me ocurre una idea, señor Maxwell. ¿Puede llamar dentro

de una hora?

—Sí, desde luego.

—Yo haré la gestión. Justamente me disponía a salir.

La señorita Adams dio el número al que Dick debería llamar al cabo de sesenta minutos.

—Gracias, señorita Adams, es usted muy amable.

Colgó y siguió paseando.

Llamaron a la puerta y entró el mozo con el vaso de *whisky*.

Dick le dio otra propina de a medio dólar. Fumó un par de cigarrillos tendido en la cama. Mientras tanto, observó muchas veces su reloj. Faltaban tres minutos para los sesenta que la señorita Adams le había dado de plazo.

Cuando pidió de nuevo la conferencia, reconoció la voz de la señorita Adams.

—¿Señor Maxwell?

—Sí.

—No ocurre nada anormal. Julie salió esta mañana de su apartamento con la valija. Se despidió de su vecina, la señora Harrison, y del encargado del edificio, el señor Keteler. Llevaba mucha prisa porque temía llegar tarde a la estación, faltaban sólo veinte minutos para que saliese el tren.

Maxwell dio un suspiro.

—Bueno, seguramente lo perdió.

—Qué pena.

—Me han dicho que llega un avión a Canyon City dentro de un rato. Julie debe viajar en él. Saldré a su encuentro. Gracias por todo, lo que ha hecho.

—Fue un placer, señor Maxwell. Salude a Julie.

Dick colgó. Bebió de un trago el contenido que quedaba en su vaso y abandonó el apartamento.

Salió del hotel e hizo una, señal a un taxi.

Cuando estuvo dentro, el conductor volvió la cabeza.

—¿Adónde?

—Aeropuerto de Canyon City.

El coche invirtió quince minutos en llegar a su destino.

Dick hizo esperar al taxi. Preguntó a un empleado sobre el avión de Nueva York y recibió la respuesta de que no se demoraría su llegada más de diez minutos.

Fumó un cigarrillo. Poco después oyó un runruneo y en la oscuridad de la noche, brillaron las luces de posición del avión.

Dio un par de vueltas por el campo y por fin aterrizó.

Dick se aproximó a la malla metálica.

El avión estaba a unas treinta yardas.

Dos empleados hicieron correr una escalerilla que pusieron al lado del aparato y los viajeros empezaron a salir. Eran cinco. Ninguno de ellos era Julie.

Dick sintió la boca seca.

El piloto y su ayudante descendieron del avión y se dirigieron riendo hacia donde estaba Maxwell. Éste preguntó:

—Oigan, ¿no queda nadie dentro?

El más joven de los dos se detuvo y meneó la cabeza mientras respondía:

—No, no queda nadie.

Dick dio las gracias y encaminóse a la playa de estacionamiento donde había dejado el taxi. Se dejó caer en el respaldo del asiento dando un suspiro.

El conductor lo estaba esperando.

—¿Dónde vamos ahora?

Dick no contestó al pronto. Se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió. Después de echar una bocanada de humo observó que el conductor lo estaba mirando. Era un tipo de unos treinta años de edad. Mostraba una cicatriz en la ceja izquierda.

—Espero a alguien de Nueva York —dijo—. ¿Hay alguna otra posibilidad de que llegue esta misma noche a Centerville?

—Sí, que haya utilizado un automóvil para viajar.

Dick negó con la cabeza.

—Regresemos a Centerville —murmuró—. Estación del ferrocarril.

Eran las nueve cuarenta cuando llegaron a la estación férrea de Centerville.

Dick Maxwell dijo al conductor que esperase nuevamente. Estaban a una milla de la ciudad. Justamente por allí había llegado Maxwell dos horas antes de Chicago.

Fue directo a las oficinas y pidió ver al jefe de la estación. Resultó ser un hombre de aspecto amable, de unos cuarenta años de edad, de cabello rojizo. Su nombre era Edward Mills.

Hechas las presentaciones, Maxwell explicó el motivo de su visita. ¿Habían evacuado del tren de Nueva York alguna viajera enferma? Naturalmente se refería al convoy que había partido de la ciudad de los rascacielos aquel día.

El señor Mills consultó los papeles de una carpeta y dio su respuesta.

—No, señor Maxwell. Por ningún motivo se evacuó a ninguna pasajera en el trayecto de Nueva York a Centerville.

Maxwell dio nuevamente las gracias y se retiró.

Cuando se dirigía al lugar donde lo esperaba el taxi vio un bar a la izquierda de la carretera. Fue allí y se metió en la cabina telefónica marcando el número del Hotel Central.

Cuando oyó la voz del encargado, preguntó:

—¿Ha llegado la señorita Varden?

—No. ¿Es usted el señor Maxwell?

—Sí. ¿Algún recado para mí?

—No, nada, señor Maxwell.

Dick salió de la cabina.

Llegó otra vez al coche y ocupó el asiento trasero.

—¿Adónde ahora? —preguntó el conductor.

Maxwell guardó silencio.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó de pronto.

—Courtney, Dean Courtney.

—Muy bien, Dean, quisiera que me ayudase.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Busco a una joven que debió llegar en el tren de Nueva York esta tarde. Es seguro que utilizaría un taxi para ir al hotel.

—Seguro.

—Quizá usted mismo la llevó.

—Estuve aquí cuando llegó el tren de Nueva York e hice dos viajes. Casualmente llevé dos mujeres. ¿Cómo es su chica?

—Rubia, de unos veintitrés años de edad, bien formada. Su cara es bonita. Ojos azul claro, barbilla hendida.

—No. Ninguna de mis clientes responde a esa descripción.

—Muy bien, Courtney, le daré diez dólares extra si consigue dar con el compañero que pudo realizar el viaje y habrá otros quince para él.

El conductor miró fijamente a Maxwell y asintió con la cabeza.

—De acuerdo, míster. Iremos a un sitio donde podremos hacer la gestión.

—¿Dónde?

—Al bar de Maurit Young. A estas horas casi todos recalamos allí.

Diez minutos más tarde el coche se detuvo delante de una calleja pobremente iluminada. Delante había muchos taxis.

Courtney dijo:

—Será mejor que usted espere aquí. Ya sabe, los de nuestra profesión creen que a veces se pueden meter en un lío.

—Esperaré.

Courtney se marchó.

Al cabo de unos cinco minutos regresó con un compañero de trabajo que estaba por los treinta y cinco años de edad. Ambos se metieron en el asiento delantero.

—Éste es Henry Morley —dijo Courtney—. Recuerda a la joven a que usted se refirió.

Maxwell fijó la mirada en el rostro de Morley. Éste poseía unos ojos de mirada penetrante.

—Sí, míster. Yo llevé a esa viajera.

—¿Adónde?

—Me dio la dirección del Hotel Central, pero estando cerca del hotel, cambió de opinión.

—¿Sí? —arrugó el ceño Maxwell.

—Me ordenó que parase junto al bar de Phyllis Armitage, dos manzanas antes del Hotel Central. Me abonó la carrera y se fue allí con su valija. —¿La vio entrar?

—Sí, desde luego. Bueno, ¿es su esposa?

—No, no lo es.

—Entonces se lo diré. La chica tenía buen tipo y me quedé allí para verle las piernas. Valió la pena, míster. Luego me marché.

—¿La ha vuelto a ver?

—No.

—Gracias, Morley.

Morley carraspeó.

—Dean me habló de que usted me daría quince dólares por la información.

Maxwell le dio los quince dólares y Morley lo obsequió con una

sonrisa saltando fuera del taxi.

Volvieron a quedar solos Maxwell y Courtney. —Vamos a ese bar— ordenó Dick.

CAPÍTULO II

Minutos más tarde, el coche se detenía nuevamente en la calle Mayor de Centerville frente al local de Phyllis Armitage.

Maxwell descendió entrando en el bar. Había muy poca gente a aquella hora. Se sentó en un taburete y una joven se le acercó por el otro lado del mostrador. Era una pelirroja de muchas curvas, de rostro sensitivo.

—¿Qué va a tomar?

—Un martini.

La joven se lo puso delante y entonces Dick habló:

—Oiga, señorita, esta tarde, poco después de la llegada del tren de Nueva York, entró aquí una joven rabia con una valija. ¿Puede informarme acerca de ella?

—Justamente empiezo mi turno a las ocho.

—¿Hay alguien que me pueda dar algún informe?

—Sí, la cajera —la pelirroja señaló hacia el fondo.

Maxwell vio tras una ventanilla una joven morena de facciones muy alargadas.

—Gracias —dijo—. ¿Quiere hacer el boleto?

La pelirroja garabateó en un pequeño bloc y arrancó la hoja.

Maxwell se aproximó a la caja con el vaso en una mano y el boleto en la otra. Abonó el importe del martini y luego dijo:

—Busco a una joven rubia que estuvo aquí esta tarde entre las siete y las ocho.

La cajera levantó la mirada observando el rostro de Maxwell.

—No soy fisonomista.

—Es una muchacha más bien delgada, de unos veintitrés años.

—No me fijo en los clientes.

—Quizá si hace un esfuerzo…

—Sólo me ocupo de mi trabajo.

Maxwell sacó un billete de cinco dólares y lo enseñó entre sus dedos.

La cajera observó el billete y negó con la cabeza.

—No, eso tampoco lo arregla. Si le pudiese ayudar, lo haría sin dinero, pero no puedo, señor. Lo siento.

Maxwell sacudió la cabeza y dio media vuelta retirándose. Dejó el vaso en el mostrador a medio vaciar y salió del local.

—¿Hubo suerte? —preguntó Courtney cuando entró en el coche.

—No, no la hubo.

—¿Qué hacemos ahora?

—Vamos a la policía.

—¿La policía?

—Eso he dicho y dese prisa.

—Sí, míster, está cerca, un poco más allá del hotel.

El coche corrió un centenar de yardas y se detuvo.

Maxwell abonó a Courtney el importe de la carrera, más los diez dólares que le había prometido. Luego se despidió saltando fuera.

Empujó una puerta y se encontró en un vestíbulo en el que nacía una escalera de tres peldaños. Subió ésta y se encontró en una gran sala donde había unas cuantas mesas. Al fondo una puerta de vidrio esmerilado sobre la que destacaba unas letras: «Capitán jefe».

A la derecha había una centralilla. El hombre que la atendía estaba leyendo un diario. Levantó la mirada observando a Maxwell.

—¿Sí?

—Quisiera hablar con el jefe.

—¿Forastero?

—Sí, Richard Maxwell, de Chicago.

—Está bien, veré si puede recibirlo —pulsó una clavija—. ¿Jefe…? Un tal Maxwell, de Chicago… No, no ha dicho para qué… Muy bien —levantó la cabeza mientras quitaba la clavija—. Puede pasar, señor Maxwell.

Dick empujó una verja de barrotes y cruzó la sala. Abrió la puerta de vidrio esmerilado y se introdujo en un despacho.

Dentro había un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad, muy grueso, de ojos pequeños, grandes mofletes y pronunciadas entradas en la frente.

Sus pequeños ojillos examinaron a Maxwell. Luego se levantó.

—Capitán Crane, señor Maxwell.

Dick estrechó la mano de gruesos dedos que le tendía por encima de la mesa y aceptó el sillón dé cuero que el policía le señaló.

—¿Qué es lo suyo, señor Maxwell?

Dick empezó a hablar lentamente. Contó su historia desde el momento que llegó al hotel y no encontró allí a Julie. Luego hizo un relato de todas las pesquisas que había realizado. Cuando dijo las últimas palabras, Crane se retrepó en la silla.

—¿Puedo hacerle unas preguntas, señor Maxwell?

—Desde luego.

—¿Qué relación le une con la señorita Varden?

—Nos íbamos a casar.

—¿Ella es de aquí?

—No, verá, yo soy periodista de Chicago. Trabajo en el *Star*. Julie está contratada por una Editorial de Nueva York. Nos conocimos aquí el año pasado en la exposición de ganado. Vinimos por razones de nuestro trabajo. Yo tenía que hacer unas cuantas crónicas y ella una serie de dibujos. Ninguno de los dos habíamos estado con anterioridad aquí. Simpatizamos y bueno, cuando la exposición terminó, cada uno de nosotros se fue a casa. Yo hice unos cuantos viajes a Nueva York durante este último año.

Finalmente acordamos casarnos. Yo he conseguido una plaza en la redacción de Nueva York. Decidimos celebrar la boda en el lugar donde nos habíamos conocido. Ella tenía que llegar en el tren de Nueva York que pasa por Centerville a las seis cuarenta.

—Comprendo.

En el despacho se hizo un silencio. Luego Crane se echó hacia delante y el sillón dio un crujido. Apoyó los codos sobre la mesa entrelazando los dedos.

—Y dice usted, señor Maxwell, que ha hablado con el taxista que trajo a la señorita Varden a la ciudad.

—Sí. Es la única persona que me ha proporcionado la seguridad de que ella llegó a Centerville.

—¿No_ ha pensado que han podido ocurrir muchas cosas, señor Maxwell?

—¿Por ejemplo…?

—Le hablare con claridad. Quizá ella se haya arrepentido.

—¿Qué quiere decir?

Crane gesticuló con las manos en el aire.

—Que quizá a ella ya no le interesa casarse con usted.

—No, no puede haber ocurrido eso.

—¿Por qué?

—Yo conozco bien a Julie, señor Crane.

Crane sonrió.

—Bueno, siempre decimos lo mismo respecto a las mujeres.

—No tengo duda, capitán.

—Está bien. Admitamos eso. Quizá decidió ir a casa de alguien, ya sabe, una amiga, un amigo…

—No conocía a nadie aquí, lo mismo que yo.

Crane se levantó. Era de estatura regular y vientre muy abultado. Dio la vuelta a la mesa y se detuvo cerca de Maxwell.

—¿Tiene una foto de la señorita Varden?

—Sí.

—Nos hará falta.

Maxwell sacó la cartera, de la cual extrajo una fotografía que alargó al capitán.

Éste la tomó en su mano y observó la figura de Julie Varden.

—Es mona pero no pertenece a la clase de mujeres llamativas, usted ya me entiende.

—La vio el taxista —le recordó Dick.

Sobrevino una pausa. Crane depositó la fotografía de Julie Varden sobre la mesa y luego se volvió hacia Dick.

—Haremos una investigación, señor Maxwell. Le informaremos de lo que haya.

—Gracias —Maxwell se levantó y estrechó otra vez la gruesa mano del capitán.

Se dirigió hacia la puerta y con la mano en el pomo del tirador se volvió.

—Me encontrará en el Hotel Central.

—Recibirá noticias nuestras.

Maxwell meneó la cabeza de arriba abajo y salió fuera.

Caminó por la calle y poco después entraba en el hotel. Seguía al frente del registro el mismo encargado, el hombre del cabello aceitoso. Antes de que Dick preguntase recibió la respuesta.

—No ha llegado, señor Maxwell.

—Gracias. Estaré en mi habitación.

Llegado arriba, quitóse la chaqueta, encendió un cigarrillo y se tendió en el lecho sumiéndose en profundas reflexiones.

Al cabo de una hora llamaron a la puerta. Se puso en pie y él mismo abrió. En el corredor estaba el capitán. Crane, otro hombre vestido de paisano y el taxista Henry Morley, el cual bajó rápidamente la mirada al suelo.

—¿Podemos pasar? —preguntó al capitán.

—Naturalmente —contestó Maxwell, apartándose de la puerta.

Los tres hombres entraron en la habitación.

Crane pegó un manotazo en el brazo de Morley.

—Bien, muchacho. Díselo.

El conductor, con la boina en la mano, carraspeó moviendo los pies nerviosamente.

—Verá, míster… Yo no la vi.

—¿Qué dice? —inquirió Dick.

Morley metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un fajo de billetes.

—Aquí tiene sus quince dólares.

—Explíquese.

—Ya le he dicho que no la vi.

—Usted llevó a mi chica en su coche desde la estación hasta la ciudad.

—No, no la llevé. Sólo lo dije para ganarme los quince dólares.

—Repita eso.

—Lo siento… No creí que tuviese tanta importancia. Courtney entró en el bar y dijo no sé qué de que alguien daría una buena propina por un informe acerca de una rubia —Morley se interrumpió mojándose el labio inferior con la lengua—. ¿Lo entiende, míster? Vi la ocasión de ganarme un dinero extra… No sabía lo que hacía. Aquí tiene sus quince dólares.

Maxwell tuvo la impresión de que por sus venas corría sangre helada. Cogió el dinero y lo guardó en el bolsillo.

—Lo siento —repitió Morley—. De veras que lo siento.

—Márchate —dijo el capitán.

Morley miró otra vez a Maxwell y finalmente dio media vuelta y salió de la habitación.

Se produjo un largo silencio. Por fin, Crane dijo:

—Bien, señor Maxwell. ¿Está dispuesto a aceptar ahora que ella ni siquiera llegó a Centerville?

Maxwell se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—¿Qué diablos le ha podido ocurrir…?

—Usted parece estar muy seguro de los sentimientos de ella respecto a usted. No me gusta hablar de esto, pero sinceramente me parece una hipótesis posible. Ella descendió del tren en cualquier estación intermedia. ¿Cuántas hay entre Nueva York y nuestra ciudad, Bill?

—Doce —contestó el otro policía.

—¿Lo ve, señor Maxwell? Su chica ha podido descender en doce sitios diferentes. A estas horas puede encontrarse en cualquiera de ellos, o quizá esté ya de regreso en Nueva York…

Maxwell no dijo nada.

Crane y el otro policía lo miraron atentamente.

—Bien —murmuró Maxwell—. Gracias por todo.

—No hay de qué —contestó Crane—. Palabra que me hubiese gustado ayudarlo, muchacho —distendió los labios en una sonrisa —. Ésta es una ciudad de cien mil habitantes y tenemos montado un buen servicio. No se puede perder una mujer.

Maxwell meneó la cabeza. Luego Crane hizo una señal a Bill y ambos se dirigieron hacia la puerta.

Crane giró para decir algo, pero en última instancia hizo un saludo sin pronunciar una sola palabra y salió fuera seguido por el llamado Bill. Maxwell quedó solo. Completamente solo.

CAPÍTULO III

Maxwell puso una conferencia, a Nueva York al número de Julie Varden, pero el teléfono sonó a la otra parte insistentemente sin que nadie alcanzase el auricular. Finalmente anuló la conferencia y colgó.

Púsose la chaqueta y abandonó la habitación.

Ya no estaba en el registro el tipo del cabello aceitoso. Ahora había un hombre de rostro abotargado.

Pasó de largo frente a él y ganó la calle.

Se detuvo un instante en la acera encendiendo un cigarrillo. Miró hacia abajo y observó las luces del bar de Armitage.

Echó a andar despacio. Poco después entraba en el establecimiento.

En la caja seguía la mujer de cara alargada. La pelirroja del mostrador estaba atendiendo a un par de soldados.

Se sentó en un taburete.

La pelirroja rió la broma que le gastó uno de los soldados y se acercó a Maxwell.

—¿Qué? ¿Encontró a su chica?

—No.

—No se preocupe, hay muchas.

—Me iba a casar con ella.

—Oh.

—¿Quiere ayudarme?

La pelirroja lo miró un instante.

—¿Cómo puedo ayudarle?

—Quiero hablar con la persona que atendió a mi chica.

—Creo que no voy a hacer nada por usted.

—¿Por qué no?

—Leo los periódicos, ¿sabe? Todos los días ocurren casos como el suyo. Los hombres abandonan a las mujeres y las mujeres a los hombres. Unos se conforman y otros no, y, cuando no se conforman, corre la sangre.

—No va a ocurrir nada de eso.

—¿Quién me lo asegura?

—Yo.

—No le conozco a usted siquiera.

—¿Cuál es su nombre?

—Helen.

—Escuche, Helen. No creo que mi chica me haya abandonado.

La pelirroja enarcó las cejas.

—Oiga, ¿usted Se qué pasta es?

Maxwell hizo chasquear la lengua.

—No sé cómo podré hacérselo entender —hizo una pausa—. Entre ella y yo había absoluta conformidad.

—Dos personas con el mismo carácter, ¿eh?

—Algo así.

Es lo que dijo mi John. Que él y yo éramos como dos gotas de agua, ¿y sabe lo que pasó? Si no hubiese sitio por un vecino, me hubiera clavado un cuchillo —la pelirroja soltó una risita sarcástica —. Compenetración, identidad de caracteres. Me río de todo eso.

Uno de los soldados hizo chasquear los dedos.

—Eh, nena, tráeme otra hamburguesa.

La empleada caminó hacia una ventanilla que había en una esquina del mostrador. Hizo el pedido en voz alta y puso un brazo en jarras a la espera. Fijó la mirada en el rostro de Maxwell y la mantuvo allí quieta durante un rato. Luego sirvió la hamburguesa al soldado y regresó junto a Dick.

—No parece usted un tipo sacamantecas.

—Gracias.

—Aunque no es muy guapo.

—No, no lo soy.

—Su nariz es un poco chata.

—Sufrí un accidente.

—Pero es muy alto. Yo debo llegarle por los hombros.

—Es posible.

Guardaron silencio. Luego la pelirroja sacudió la cabeza.

—Está bien. La chica es Grace Spelling, Jefferson, 224.
—Gracias.
—Tenga cuidado.
—¿Por qué he de tenerlo?
—Su novio es un matón. No le gusta que merodeen alrededor de ella.
—¿Y la deja trabajar en un establecimiento como éste?
—Claro que sí, a él le gusta el dinero.
—Comprendo. Gracias, Helen.
Maxwell sacó la mano del bolsillo y le alargó un billete de cinco dólares. La joven vaciló unos instantes, pero finalmente lo cogió. Luego Maxwell bajó del taburete y salió fuera.
Hizo una señal a un taxi y cuando se metió dentro dio al conductor la dirección de Grace Spelling.
El doscientos veinticuatro de la calle Jefferson se encontraba en las afueras de la ciudad. Aquella zona estaba muy oscura. El edificio tenía un fúnebre aspecto.
Maxwell saltó del coche y dijo al conductor que esperase.
En la puerta había una pareja. Se estaban besando.
Separáronse al oír los pasos de Maxwell.
—¿Señorita Spelling? —preguntó Dick.
La mujer era morena. Se estiró el jersey e hizo una señal con la cabeza.
—Puerta nueve.
Maxwell dio las gracias y entró en la casa.
No había ascensor. Subió por una escalera.
Detúvose en la segunda planta y buscó la puerta nueve. Apretó el pulsador y esperó. Le abrió una rubia que se cubría con un salto de baño. Era esbelta y su rostro debía haber sido bonito en otro tiempo. Ahora tenía demasiadas arrugas junto a los ojos.
—¿Señorita Spelling?
—Sí. ¿Quién es usted?
—Soy Dick Maxwell, de Chicago.
—Lo siento, no puedo recibirlo, estoy esperando a…
—Nuestra entrevista será muy corta, señorita Spelling.
—Es que no dispongo de tiempo.
—Terminaré en seguida. Quiero que me diga si vio esta tarde entre las siete y las ocho a una joven que llegó al bar de Armitage

donde usted trabaja.

—Por allí pasa mucha gente. No lo recuerdo.

Fue a cerrar, pero Maxwell introdujo rápidamente la punta del pie.

—Yo se la describiré, señorita Spelling.

Grace se mordió el labio inferior.

—Me va a buscar un conflicto, señor Maxwell.

—¿Por qué?

—Mi novio debería estar ya aquí. Cuando llamó creí que era él.

—Yo ya podría estar fuera, señorita Spelling. Escúcheme, es rubia, de unos veintitrés años, tan alta como usted, ojos claros. Llevaba una valija.

De pronto Maxwell recordó que el capitán Crane no le había devuelto la foto de Julie. —No, no la vi— repuso Grace.

—¿Está segura?

—Completamente.

—Ella se encuentra sola, señorita Spelling. No conoce a nadie en Centerville. Sólo me tiene a mí.

—Le he dicho que no la he visto.

—Se iba a casar conmigo. Vino aquí a eso.

—Por favor.

—¿A qué tiene miedo?

—Ya se lo dije. Mi novio vendrá de un momento a otro. Si lo ve aquí…

—¿Sólo es eso?

—Sí.

—Quisiera creerla.

—No sé nada, se lo aseguro, señor Maxwell.

—¿Quién más había con usted en el bar entre las siete o las ocho?

—Sólo estábamos la cajera y yo. Hable usted con ella. Es la dueña.

—Ya hablé.

—¿Y qué le dijo?

—Nada, no me dijo nada.

—Yo tampoco puedo ayudarle.

Dick meneó la cabeza.

—Está bien, señorita Spelling. Gracias de todas formas.

Maxwell se volvió para retirarse.

—Espere —oyó que decía de pronto Grace.

Giró otra vez la cabeza.

—¿Sí, señorita Spelling?

La rubia respiró agitadamente, se llevó una mano a la garganta y finalmente dijo:

—Hable con Byron.

—¿Byron?

—Byron Carpenter.

—Yo no soy de aquí, señorita Spelling.

—Es un hombre que se sitúa a veces a la puerta del bar. Quizá estuviese él allí cuando entró la chica que busca.

—¿Cree usted?

—Intente hablar con él. Byron le responderá.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Vive en una cabaña al sur del pueblo, cerca del pantano. Sólo tiene que tirar calle abajo hacia el final.

—Gracias, señorita Spelling.

De pronto, del fondo de la escalera llegó una risita.

Maxwell giró bruscamente y vio siete peldaños más abajo, en el rellano, a un hombre muy moreno de ojos brillantes. Se cubría con una gabardina muy clara. Podía tener veintiséis o veintisiete años de edad.

—¡Dios mío! —Oyó que exclamaba Grace Spelling.

El tipo subió rápidamente los escalones y púsose de puntillas delante de Maxwell y dejó caer los talones. Miró a Grace que no se apartaba de la puerta.

—¿Quién es éste, nena?

—No lo sé.

—¡Quién es te pregunto!

Maxwell se arrimó a la pared. Observó que el novio de Grace tenía la mano en el bolsillo de la gabardina y éste le abultaba mucho.

—Se equivocó de habitación —dijo Grace—. Le estaba diciendo que el señor Spitelli no vive ya aquí…

El novio de Grace entrecerró los ojos.

—De modo que busca a Johnny Spitelli, ¿eh?

—Sí —asintió Maxwell.

—Y no sabe que se marchó hace dos mese3.
—No, no lo sabía, por eso vine. Ya me iba.
—¿Cuándo conoció a Spitelli?
—Hace algún tiempo.
—¿Quizá en la cárcel cuando pagó por el robo?
—Sí.
—Usted también estuvo allí, ¿eh?
—Sí.
—¿Quién salió antes, él o usted?
—El.
—¿Cuándo salió usted?
—Hace poco.
—¡Es un condenado embustero! A Spitelli lo encerraron por última vez hace diez años y entonces usted debía andar todavía con pantalones cortos.
Hubo un silencio.
Maxwell observaba la mano que el novio de Grace mantenía en el bolsillo de la gabardina.
—Déjalo marchar, Floy —dijo Grace.
Floy volvió la cara hacia su novia.
—A ti te voy a arreglar yo, nena. Conque había venido preguntando por Johnny Spitelli. Le quisiste dar el pie.
—Escuche, Floy —dijo Maxwell—. No llegué a entrar en la casa. Es la primera vez que veo a su novia. ¿Me entiende?
—Es lo que usted dice.
—Puede informarse acerca de mí. Llegué esta tarde a la ciudad y me alojo en el Hotel Central. Vine buscando a una chica.
—Mi novia, ¿eh?
—No, no es su novia. Busco a la mujer con la que me voy a casar.
—¿Pretende colocarme otra historia como la de John Spitelli?
—Es la pura verdad, Floy. La chica ha desaparecido. —Ah, ya, es un cuento de miedo.
¿Sabe una cosa?
—¿El qué?
—A mí nadie me la pega.
—Aquí nadie ha intentado pegársela.
—Le voy a deshacer la cara.

—Será mejor que no intente nada.

Floy soltó una risita.

—¿Lo oyes, nena? El tipo me amenaza.

—Déjalo quieto —dijo Grace.

Floy sacó al fin la mano. Tenía puesta una manopla de acero.

Maxwell apretó los puños mientras se echaba atrás.

—¡Floy! —gritó Grace.

—¡Cállate…! ¡Maldita seas! ¡Cierra la puerta!

Grace empezó a cerrar mientras emitía un sollozo.

Floy lanzó su puño. Maxwell saltó hacia la derecha. El puño armado con la manopla de Floy se perdió en el vacío. Entonces Maxwell le asestó un golpe en el antebrazo.

Floy trastabilló y justamente en ese instante, Dick hizo percutir el puño izquierdo en su barbilla. Floy viró como una peonza y golpeó las espaldas contra la pared.

Maxwell le asestó un derechazo en el estómago y cuando el otro se encogió lanzando un mugido, le propinó un golpe seco en el pómulo. Floy se fue abajo y quedó sentado con la cabeza doblada sobre el pecho.

Maxwell respiró entre jadeos.

—¿Qué es lo que ha hecho? —oyó decir a Grace detrás de él.

Se volvió hacia ella.

—Quise evitarlo, señorita Spelling.

La rubia se puso una mano en la mejilla mirando a su novio.

—Me arrancará la piel…

—¿Por qué no lo deja?

—Me seguiría al fin del mundo.

No creo que sea un tipo de esa clase. Es su oportunidad. ¿Tiene dinero?

—No. El me lo quita todo.

Dick sacó la cartera y extrajo un billete de cien dólares.

—Tome, aquí tiene.

—¿Qué hace?

—Darle dinero para que se marche. Puede encontrar empleo en cualquier otra ciudad.

—Pero él no consentiría que me marchara de Centerville.

—Entre y cámbiese pronto. Yo estaré aquí cubriéndole la retirada.

Grace vaciló unos instantes. Tenía todavía el billete en la mano.

—No, no me iré.

—¿Por qué?

—Ahora ya me he acostumbrado a él. Tome el dinero.

—Piénselo mejor, Grace. Quizá no tenga otra oportunidad en su vida.

La joven movió la cabeza de un lado a otro.

—No, está resuelto, me quedo. Coja su dinero y márchese.

—Guarde el billete donde él no lo pueda alcanzar. Le servirá si se vuelve atrás.

Grace lo miró parpadeante a los ojos. Finalmente meneó la cabeza en sentido afirmativo.

Se metió dentro del departamento y al momento regresó.

Maxwell la miró a la cara.

—¿Sigue pensando en que Byron Carpenter es el que me tiene que informar?

La joven se puso los dedos en las sienes y cerró los ojos.

—Sí, él se lo dirá. Yo no puedo hacer nada por usted.

—Como quiera. Adiós y buena suerte.

Maxwell pasó junto a Bill y bajó la escalera. Cuando cruzó la puerta de la calle, la pareja se estaba besando otra vez.

Entró en el taxi y encendió un cigarrillo.

—¿Conoce la cabaña de Byron? —preguntó al conductor.

—Sí.

—Lléveme allí.

—No puedo, aquello está intransitable.

—Bueno, déjeme lo más cerca que pueda.

Poco después el coche se deslizaba calle abajo. Como cosa de una milla más allá, el coche se detuvo.

—Hemos llegado —anunció el conductor.

—Espéreme aquí.

—Lo siento, pero no puede ser.

—¿Por qué?

—Tengo que encerrar.

—Le daré un buen extra.

—No es por el dinero. Tengo mis costumbres.

—Está bien, regresaré andando. ¿Me puede decir dónde está la cabaña de Carpenter?

—Siga por un camino que arranca a la derecha. No tiene pérdida. Llegará en cuestión de diez minutos.

CAPÍTULO IV

Dick descubrió el sendero y echó a andar. Era un terreno baldío. De vez en cuando el aire le traía un olor a tierra cenagosa. Vio una lucecilla brillar a lo lejos. Se fue aproximando hasta que vio el contorno de la cabaña. Estaba hecha con tablas.

Llamó a la puerta, pero no se oyó ningún ruido dentro.

La luz se filtraba por la ventana. Se acercó a ésta y a través de los sucios cristales descubrió a un hombre que estaba acostado sobre un jergón.

Regresó junto a la puerta y llamó más fuerte.

El colchón crujió.

—¿Quién es? —preguntó una voz estropajosa.

—Quiero hablar con usted, Carpenter.

—¿Quién es usted? —repitió Carpenter.

—Usted no me conoce.

—Déjeme en paz.

—Es importante.

—Vuelva mañana.

—Estoy dispuesto a pagar sus informes.

El colchón crujió otra vez. Unos pies se deslizaron por el suelo. Por fin la puerta quedó abierta.

Byron Carpenter era un hombre que podía tener unos cincuenta años de edad, de cabello revuelto, muy canoso y barba crecida. Se cubría con la camiseta y los tirantes del pantalón le colgaban por los lados.

Carpenter observó escrutadoramente a Maxwell.

—Tiene usted razón, no lo conozco.

Al hablar soltó el aliento y Maxwell se dio cuenta de que debía haber bebido mucho.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro que sí, pase al palacio.

Maxwell entró en la cabaña. Todo estaba en desorden aun cuando es posible que no valiese la pena organizar todo aquello porque apenas había algo que valiese cinco centavos. Un par de sillas, un lavabo cuyas patas habían sido sometidas a numerosas reparaciones, una mesa…

—Siéntese —dijo Carpenter.

Maxwell se volvió hacia él.

—No es necesario.

—Está bien. Usted dirá, pero antes me gustaría saber con quién hablo.

—Richard Maxwell. Soy periodista.

—Oh, ¿alguna de esas raras interviús que hacen? —Carpenter sonrió— ¿Cómo ha llegado usted a ser tan miserable, señor Carpenter? ¿Trabajó alguna vez, señor Carpenter?

—No sea suspicaz. No se trata de eso.

—Adelante.

—¿Estaba usted entre las siete y las ocho de la tarde en el bar de Armitage?

Carpenter se rascó el pómulo con el dedo índice.

Es posible. No estoy muy bien de memoria.

—¿Vio a la muchacha rubia?

—Vi unas cuantas rubias.

—La que a mí me interesa llevaba una valija en la mano. Esbelta, de ojos azul claro.

—Sí.

Maxwell sintió un estremecimiento.

—¿Dice que la vio?

—Sí, la vi.

—¿Qué edad representaba?

Carpenter ladeó la cabeza.

—Yo diría que… veintitrés o veinticuatro años.

—Parece que se fijó en ella, ¿eh, Carpenter?

—No tuve más remedio. Me largó un billete de cinco dólares. Yo pido ayuda, ¿sabe? A la poli no le gusta. Quieren tener una ciudad bonita donde no haya pobres. Ellos dicen que todavía estoy para trabajar.

—Hábleme más de la chica.

—Parecía muy contenta. Ella salió del bar y entonces le solté lo mío, ya sabe cómo son estas cosas. Le dije que estaba enfermo… Hacía tiempo que no me encontraba con usa cara como la de ella. —Carpenter hizo una pausa entrecerrando los ojos—. ¿Le ocurrió algo a esa chica?

—La busco.

—Bueno, ella está en la ciudad. Le será fácil.

—¿Cambió alguna palabra con ella?

—No, me sonrió cuando me dio los cinco dólares. Por eso le he dicho que parecía contenta. Yo le di las gracias —de pronto Carpenter se interrumpió.

—¿Qué le pasa? —preguntó Maxwell.

—¿Dice usted que no han encontrado a esa chica?

—No. ¿Se le ocurre algo?

—Recuerdo que ella siguió hacia delante.

—¿Hacia el hotel Central?

—Sí.

—¿Usted no se volvió?

—No, porque en ese instante vi que venía hacia mí el señor Ritter, Charles Ritter. Es un buen hombre, ¿sabe?, presidente de no sé qué cosa de la localidad. Me da siempre medio dólar. Bueno, me preparé para pedírselo. El señor Ritter no me dio oportunidad para abrir la boca, me plantó la moneda de medio dólar en la palma de la mano y siguió adelante. Entonces me volví para darle las gracias mientras me quitaba el sombrero y no la vi a ella.

—¿A la chica rubia?

—Eso es, a la chica rubia.

—¿Cree usted que la debió ver?

—Sí, desde luego. Cuando ella se separó de mi lado, el señor Ritter estaba a cosa de unas diez yardas de mí.

Maxwell recordó que entre el hotel Central y el bar de Armitage había dos o tres locales dedicados al comercio y que cuando él pasó estaban cerrados, pero también lo debían estar cuando Julie pasó por allí después de las siete.

—¿Es su esposa, señor Maxwell? —preguntó Carpenter.

—Lo iba a ser. Oiga, Carpenter, ¿se fijó usted si alguno de los establecimientos cercanos estaba abierto?

—Ya comprendo, cabe que ella entrase a comprar alguna cosa.

—Es posible.

—No le puedo decir, tendrá que preguntarlo usted mismo. Quizá hubiese uno abierto.

—¿Cuál?

—El negocio de Johnson Simmons. Se dedica a la fotografía. Hay mucha gente que acude a última hora para recoger los carretes revelados.

—Sí, es costumbre en esos negocios.

—Lo de Simmons es lo que está más cerca del bar —Carpenter se mordió el labio inferior—. ¿Sabe que eso me parece cada vez más posible?

—Se olvida de que la sigo buscando.

—Comprendo. Bueno, quizá Johnson Simmons le pueda decir algo.

—¿Dónde vive?

—En la misma casa que tiene el negocio, hay una puerta al lado. Vaya a verlo, sé que se acuesta tarde. Le gusta leer.

—Muy bien. Iré.

—Aunque me parece que está armando demasiado jaleo con esa chica. Seguro que está en cualquier otro hotel.

—No, Carpenter. Tenía que hospedarse en el Central.

—Está bien, usted sabrá de eso más que yo.

Maxwell se metió la mano en el bolsillo y sacó unos cuantos billetes. Dejó quince dólares sobre la sucia mesa. Luego levantó la mirada fijándola en los ojos de Carpenter.

—¿Está dispuesto a repetir eso ante cualquier persona?

—¿Por qué no?

—¿Ante la policía?

Carpenter se mojó otra vez el labio inferior con la lengua.

Maxwell retiró diez dólares del bolsillo y los unió a los quince que había sobre la mesa.

—Desde luego, ante la policía —dijo Carpenter.

—Gracias —murmuró Dick.

Dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta, la cual abrió saliendo fuera.

Recorrió otra vez el sendero y llegó a la calle Jefferson. Imprimió mucha rapidez a sus piernas y como cosa de media hora

más tarde pasó por el hotel Central y se detuvo ante el negocio de Johnson Simmons.

Había un escaparate muy iluminado y tras el cristal se exhibía gran variedad de artículos fotográficos.

A la derecha de la puerta de entrada al establecimiento, había otra que daba acceso a la vivienda. El edificio se componía de dos pisos y debía ser muy antiguo, aun cuando habían reformado el piso bajo.

Se metió en el bar y pasó directamente a la cabina telefónica. Buscó en la guía el número correspondiente a Johnson Simmons y marcó.

Le contestó una voz de mujer.

—Sí.

—Oiga, quiero hablar con el señor Simmons.

—¿Quién llama?

—Richard Maxwell. Soy forastero, debo preguntarle algo muy importante al señor Simmons.

—Está bien.

El auricular cambió de mano y en ese intervalo Dick oyó un cuchicheo.

—¿Diga? —Escuchó una voz ronca.

—Oiga, señor Simmons, quiero que me diga si aproximadamente a las siete de la tarde de hoy entró en su local una joven rubia de unos veintitrés años de edad. Llevaba una valija en la mano.

Simmons se mantuvo callado unos segundos y finalmente respondió:

—No, no recuerdo nada acerca de esa joven.

—Quizá ella entró a comprar alguna cosa y luego se arrepintió y salió fuera.

—No pudo ocurrir.

—¿Por qué?

—Cuando llega la hora del cierre, paso el pestillo de la puerta y, por tanto, cualquier cliente que llega después de la hora tiene que llamar forzosamente y sólo estoy yo para abrirle, ¿se da cuenta? La persona a que usted se refiere no entró en mi establecimiento. —Gracias, señor Simmons.

—No hay de qué.

Maxwell colgó. Buscó el número de la policía y lo marcó.

—¿Por favor, el capitán Crane? —dijo al hombre de la centralilla.

—Oiga, el señor Crane no está. Se marchó ya. Llámelo mañana.

—He de hablar con él urgentemente esta noche —Maxwell dio su nombre—. Ya hablé con el capitán esta tarde. Iré a su casa.

—No está tampoco en su casa. Fue a una reunión en casa del alcalde y no creo que al señor Crane le guste que usted le moleste allí.

—Correré ese riesgo.

—Muy bien. Usted sabrá lo que hace. No diga que no le avisé.

—¿Dónde es?

—Avenida de los Alces, en el barrio residencial. Cualquier conductor de taxi le podrá llevar allí.

Maxwell salió de la cabina y dirigióse a los taburetes, donde ahora sólo había un hombre viejo tomando un café con leche.

La pelirroja acudió por la otra parte en seguida.

—¿Logró atraparla? —preguntó con un deje de ironía.

—Todavía no. ¿Quiere ponerme un *whisky*?

—Claro que sí. A propósito, alguien preguntó por usted.

Maxwell frunció el ceño.

—¿Quién?

—No dijo su nombre.

—¿Quizá ella?

—No, él. Usted sabrá quién es.

—No.

—Apuesto a que es el que ella eligió por usted.

—Es posible —respondió Maxwell cauto—. ¿Qué dijo?

—Nada, no dijo nada. Sólo preguntó por usted y yo le dije que rió estaba.

—¿Sólo eso?

—Nada más.

Maxwell sacudió la cabeza y bebió un trago de *whisky*. Luego encendió un cigarrillo.

La pelirroja continuó allí mirándole.

—Es usted un tipo extraño —dijo.

—Quizá lo sea.

—Cuanto más se le mira, más gusta. Y no es nada guapo. No, señor, no lo es.

—¿Quiere hacerme un favor, Helen?

—Los que usted quiera.

—Si llaman otra vez preguntando por mi, ¿quiere pedir el número?

—Muy bien. Por lo visto va a seguir viniendo por aquí esta noche.

—Tardaré en irme a la cama.

—A la hora del cierre preparamos unos buenos bocadillos.

—Tomaré alguno.

—Lo esperaré.

Maxwell desvió la mirada, hacia la izquierda y descubrió que la cajera les estaba observando. Depositó otra vez los ojos en el rostro de la pelirroja.

—¿Qué tal es la cajera?

—Lo que aparenta ser, un caballo. —¿Casada?

—No me irá a decir que es su tipo.

—No nos fuimos simpáticos.

—Es viuda y la dueña del negocio. Ahí la tiene siempre. Mañanas, tardes y noches. Le llaman Argos para dar a entender que tiene muchos ojos.

—Muchos ojos, ¿eh?, pero no vio a mi rubia.

La pelirroja encogió un hombro y miró también hacia la cajera.

—Se está poniendo nerviosa, mejor será que le haga el boleto.

—Hágalo.

Maxwell apuró el contenido de su vaso y tomó el boleto que le hizo la pelirroja. Ella le cogió un dedo y se lo apretó mientras le sonreía.

Maxwell no hizo ninguna señal porque sabía que la cajera estaba mirando. Fue hacia ella, plantó un billete de a dólar y la viuda depositó sobre la madera de la ventanilla cuarenta centavos. Cambiaron una mirada y luego Maxwell giró sobre sus talones y salió del bar.

Vio el cordón de taxis un poco más allá del hotel Central. Mientras iba hacia allí, prestó más atención a los negocios que había después del que pertenecía a Johnson Simmons. Había una floristería, una oficina de viajes y una tienda dedicada a confecciones para niño. Luego sólo quedaba el hotel Central.

Se metió en un taxi y dijo al conductor que le llevara a casa del

alcalde.

—Va a la fiesta, ¿eh? —murmuró el del coche—. Es el tercer viaje que hago en menos de una hora.

Maxwell no hizo ningún comentario.

El taxi abandonó la calle Mayor girando a la izquierda por una transversal. Poco después rodaba por una zona donde había mucho arbolado. A la izquierda se veían casas residenciales.

Empezaron a ver coches aparcados junto al bordillo. Finalmente el conductor detuvo su automóvil.

—¿He de esperar?

—No hace falta.

Maxwell abonó la carrera y saltó fuera. Vio un poco más allá una gran puerta de hierro que estaba abierta de par en par. Entró por ella y vio un camino de cemento que conducía a una casa de estilo sureño con su gran escalinata de mármol y sus dos columnas. Arriba la puerta estaba abierta y había un tipo para recibir a las visitas.

Maxwell imprimió naturalidad a sus movimientos. Subió la escalinata y cruzó la puerta sin detenerse. El hombre que estaba allí se inclinó ligeramente. Maxwell le hizo un saludo con la mano sin mirarlo.

Había mucha gente en el *hall*, hombres con trajes caros y mujeres enjoyadas con vestidos de noche que mostraban mucha piel por delante y por detrás.

En una de las habitaciones estaban bailando y en otra del fondo alguien tocaba el piano. La fiesta debía haber empezado mucho tiempo antes. Algunas mujeres reían con demasiadas ganas.

De pronto oyó una voz a sus espaldas.

—Caramba, nadie me dijo que venía usted.

Maxwell se volvió. Delante de él había una joven de unos veintiséis o veintisiete años de edad. Era morena, no muy alta, pero estaba muy bien proporcionada. Poseía un rostro picaresco, ojos burlones y nariz respingona. Sostenía con la mano derecha una copa de champaña y se cubría con un vestido negro sin breteles que se adhería perfectamente a sus formas.

CAPÍTULO V

—Hola —dijo Maxwell.

—Acaba de llegar, ¿verdad? —murmuró la joven.

—Sí.

—Entonces tenemos que damos mucha prisa para recuperar el tiempo perdido.

Venga conmigo.

Cogió del brazo a Maxwell y éste la siguió a la habitación donde se bailaba.

La joven dejó la copa sobre la bandeja que había en una mesa.

Las parejas apenas llevaban el ritmo. Serían diez o doce. Una dama dormía, apoyada la cabeza en el hombro del caballero que rodeaba su cintura.

La música salía de un tocadiscos que había en un rincón. La orquesta de Tommy Dorsey interpretaba un fox lento.

—Vamos, anímese —dijo la morena, y levantó los brazos para que Dick la pudiese enlazar por el talle.

Empezaron a bailar. Maxwell miró a un lado y otro buscando al capitán Crane, pero no estaba por allí.

—¿Es usted alguien importante en la ciudad? —Oyó que le preguntaba la joven.

—No —contestó él.

—Caramba, eso es bueno.

Maxwell la miró a los ojos y ella rió.

—Estoy empachada de gente importante.

—Supongo que aquí la mayoría lo son.

—Eso es lo malo. Todos son importantes.

La chica también había bebido mucho.

—¿Sabe quién soy yo? —preguntó a Maxwell.

—No.
—La más importante entre todas las presentes.
—¿La esposa del gobernador?
—Oh, usted es muy divertido.
Maxwell recordó el motivo que le había impulsado a ir allí e hizo un gesto agrio.
—Soy la sobrina del alcalde, la hija del fiscal, la cuñada del concejal de Reformas Urbanas.
—¿Y la mujer de quién?
—De nadie —la joven enarcó las cejas—. Suena bonito, ¿verdad? La mujer de nadie.
—No debió beber tanto.
—¿Es reformista?
—No; no lo soy.
—Aborrezco a los reformistas.
—Hace bien.
—¿Qué es lo suyo entonces?
—Escribo en un periódico.
La joven observó atentamente el rostro de Maxwell.
—Debí figurármelo, me está bien empleado.
—No tema, no voy a contar nada de usted.
—Le interesa otra cosa, ¿eh?
—Sí.
—Comprendo. Ha venido por lo del hipódromo.
—Quizá.
De pronto la joven echóse a reír y cubrióse la boca con la mano.
—Perdóneme —dijo después—. No he podido evitarlo.
Me gustaría ver ciertas caras cuando lo sepan, pero supongo que usted querrá permanecer ignorado.
—Me conviene.
—¿Cómo he de llamarle?
—Dick.
—Encantada, Dick. Yo soy Viola. Puedo ayudarte, ¿sabes?
—Entonces llévame ante una persona —la tuteó él también.
—¿Quién?
—El capitán Crane.
—Oh, oh, ese bulldog. No me gusta. Nunca me fue simpático, pero realmente, ¿quién me es simpático en esta ciudad? Sólo tú,

Dick.

—Gracias.

La joven se separó de él y dejaron de bailar. Ella le tomó de la mano.

Salieron de la habitación y fueron a otra en la que tocaban el piano.

Viola tropezó con el pie de alguien y estuvo a punto de caer, pero Maxwell se dio mucha prisa en sostenerla. Quedaron muy juntos y ella abanicó las pestañas y sonrió mostrando un hoyuelo en la mejilla izquierda.

—Tienes las manos muy grandes, Dick.

—Fui un buen bateador en el colegio.

—Y tu pecho también es grande. Cuando tenga frío te echaré de menos.

Maxwell descubrió al fondo a Frank Crane que estaba hablando con dos hombres.

Crane también le vio a él e instantáneamente en su frente apareció una arruga.

Viola siguió la dirección de la mirada de Maxwell y sonrió.

—Míralo, allí está y con una gran compañía.

Tiró de la mano de él y se acercaron al grupo.

Instantáneamente los tres hombres que lo acompañaban dejaron de hablar.

—¿Te diviertes, sobrina? —dijo un hombre grueso de cabello blanco y bigote muy recortado. Tendría unos cincuenta años de edad.

—Mucho, alcalde… Te voy a presentar a mi amigo Dick —la joven hizo una pausa—. Dick, éste es el alcalde Clyde Whiting.

Maxwell estrechó la mano que le tendía el alcalde. Luego Viola señaló al otro hombre que había entre el alcalde y el capitán Crane.

—El fiscal Lionel Phelps.

El padre de Viola era un hombre de unos treinta y tantos años, muy alto, de cabello castaño, frente ancha y nariz aguileña. También estrechó la mano de Dick.

Viola miró a Crane.

—Ya conoce a nuestro capitán.

Crane sonrió a Dick.

—Y puede ir solo por el mundo, ¿eh, Maxwell?

—Es una fiesta muy acogedora —dijo Dick.

El alcalde carraspeó.

—Tienen que perdonarme, pero he de subir para ver a Miriam. No le gusta estar sola.

¿Vienes conmigo, Lionel?

El fiscal afirmó con la cabeza.

—Yo también iré —dijo Viola—. Hace tres días que no veo a tía Miriam.

—Será mejor que te quedes, sobrina —dijo Clyde Whiting—. El doctor le prohibió absolutamente las visitas —se dirigió a Maxwell —. Diviértase, muchacho, está, en su casa.

—Gracias, alcalde.

Clyde Whiting y Lionel Phelps salieron de la habitación.

Viola se colgó del brazo de Dick.

—Quiero beber, chico —dijo.

—He de hablar con el capitán Crane —dijo Dick.

—Yo soy mucho más divertida que el capitán Crane. Y estoy dispuesta a demostrártelo.

—Te veré después —dijo Dick.

La joven compuso un hociquito.

—De acuerdo, pero quizá luego te arrepientas. Con otras dos copas no sabré con quién me voy —sonrió y agachóse diciendo en voz baja—: Ten cuidado con el bulldog. Hizo un gesto con la mano saludando al capitán y poco después abandonaba la estancia.

—No le haga mucho caso, Maxwell. Con todos le pasa lo mismo.

—No le hago caso.

—Pensé que estaría, preparando su viaje de regreso, Maxwell.

—¿Adónde?

—A Nueva York, donde debe estar la chica.

—No está en Nueva York.

—¿No?

—No.

—¿Dónde está?

—Aquí.

El capitán miró muy fijamente a Maxwell.

—Es hombre de una sola idea, ¿eh?

—Sí, soy hombre de una sola idea cuando las pruebas son concluyentes.

Crane se volvió hacia la mesa que tenía al lado y tomó una copa. Bebió un trago sin apartar los ojos de Maxwell. Luego chasqueó la lengua y dijo:

—Hábleme de esas pruebas. —Hay un hombre que la vio.

—¿Quién?

—Byron Carpenter.

—¿Ese borracho?

No me importa lo que sea. El vio a Julie cuando salió del bar. Carpenter le pidió una ayuda y ella le dio un billete de cinco dólares. Carpenter la recuerda perfectamente.

Hubo un silencio.

—¿Observó él si se metía en algún sitio?

—Carpenter perdió todo interés por la chica después de recibir los cinco dólares.

Crane sacudió la cabeza.

—¿Quién le habló de Carpenter?

—Una de las empleadas del bar, Grace Spelling.

—¿La vio también ella?

—No quiso comprometerse.

Crane sacudió la cabeza.

—Está bien, Maxwell. Iremos a hablar ahora misma con Carpenter, pero ¿sabe una cosa? Estoy seguro de que en cuanto me eche el ojo encima se retractará. Usted le dio dinero, ¿verdad?

—Sí.

—Por eso dijo que la vio. Carpenter hizo el mismo cálculo que el taxista. Hay mucha gente así. Ven la posibilidad de cobrar un poco de dinero y no se lo quieren perder.

—No creo que Carpenter lo hiciera por eso. Habló con seguridad.

—Conozco a Carpenter desde hace muchos años. Es un condenado embustero. Y se lo voy a demostrar a usted. Vamos.

Salieron de la habitación y de la casa. Caminaron por la acera. Junto al bordillo estaban los coches estacionados.

Crane se detuvo ante un vehículo negro y abrió la portezuela.

—Pase, Maxwell.

Al volante había un hombre que volvió la cabeza.

Maxwell entró en el asiento posterior y tras él lo hizo Crane.

—A la cabaña de Carpenter —dijo el capitán.

No hablaron en todo el trayecto.

Cuando llegaron al final de la calle Jefferson, el conductor detuvo el coche y volvió la cabeza.

Crane le hizo una señal para que saltase también.

Echaron a andar por el sendero que llegaba a la cabaña. Poco después, vieron la luz que se reflejaba a través de la ventana. Se detuvieron ante la misma.

Carpenter no estaba en el jergón.

Se acercaron a la puerta y el agente golpeó fuertemente con el puño.

—¡Abra, Carpenter!

Del interior no llegó ningún ruido y el agente puso la mano en el pomo. Lo hizo girar, pero la puerta no cedió a su impulso.

—¡Carpenter! —llamó otra vez.

Nuevo silencio.

—Adelante, Jimmy —dijo Crane.

Jimmy se retiró unas yardas, corrió y embistió la puerta con el hombro.

La cerradura era muy débil y saltó.

El agente siguió hacia dentro por su propio impulso y se detuvo con un pie fuera.

Maxwell vio cómo sus ojos se agrandaban y quedábase con la boca abierta.

—¡Ésta sí que es buena! —exclamó Jimmy.

Crane y Maxwell se asomaron.

Byron Carpenter colgaba de una de las maderas del techo. La mesa estaba volcada a sus pies.

Crane pasó junto a Jimmy y se coló dentro seguido de Maxwell. Observaron el cadáver de Carpenter.

—Bueno, Maxwell —dijo Crane—. Aquí tiene su testigo.

Maxwell dio un suspiro y observó la habitación. No vio nada anormal. Todo seguía igual a excepción de la mesa y de que ahora Carpenter no podría hablar con él. —Llama al Departamento, Jimmy— dijo Crane.

—Sí, señor, ahora mismo —dijo el agente, y volviéndose echó a correr.

Maxwell miró al capitán.

—¿Qué dice ahora?

—¿Qué puedo decir? Carpenter se cansó de su miserable vida y se ahorcó.

—¿Pretende bromear?

—No bromeo con nada relativo al Departamento.

Maxwell soltó una risita.

—Carpenter no ha podido ahorcarse precisamente hoy.

—¿Por qué no?

—Tuvo una estupenda jornada. Mi chica le dio cinco dólares y yo le entregué veinticinco.

Crane sacudió la cabeza.

—Eso da un nuevo aspecto a la cuestión.

—Es una suerte para mí que usted no sea un hombre de una sola idea, capitán.

—Lo asesinaron para robarle.

Maxwell frunció el ceño.

—¿Usted cree eso, capitán?

—Carpenter recibía aquí a muchos amigos, gente como él, vagos y tipos que por una sola copa son capaces de cualquier cosa. Quizá él mismo les descubrió que tenía veinticinco dólares. —Treinta.

—Sólo cuento lo que le dio usted. ¿Quién me demuestra que la historia de su chica es cierta? Hemos de ceñirnos a los hechos. Sólo veinticinco dólares.

Maxwell cogió una silla y la acercó al cuerpo de Carpenter. Subióse en ella y registró los bolsillos del cadáver. No encontró ningún dinero y descendió.

Crane se apoyaba en la pared y había encendido un cigarrillo.

—¿Se convence ahora?

Maxwell no le contestó. Fue hacia la cama y levantó el almohadón.

—Va a dejar muchas huellas, Maxwell —dijo Crane.

Maxwell volvió la cabeza.

—Quizá yo lo maté, ¿verdad, capitán? Es posible que yo le obligase a contar aquella historia.

—No se ponga nervioso.

No me pongo nervioso, capitán. ¿Puedo marcharme?

—Claro que sí. No hay nada contra usted.

—Gracias.

—Le conviene dormir.

—¿Y qué más, capitán?

—Ya que me lo pregunta le diré lo que haría yo en su lugar.

—Dígalo.

—Me iría a Nueva York y trataría de olvidar a una chica que en el último instante me plantó.

Maxwell sintió que la sangre se le agolpaba en las sienes. Contó hasta tres, luego inspiró profundamente.

—Adiós, capitán —dijo y se dirigió hacia la puerta. De pronto se detuvo y dijo—: ¿Me devuelve la foto de Julie Varden, capitán?

—No puedo dársela ahora, Maxwell. La dejé en un cajón de mi despacho. Pásese por allí mañana y se la devolveré.

Dick salió de la cabaña. Mientras caminaba otra vez por la calle Jefferson, se cruzó con dos coches de la policía que se dirigían a la cabaña.

Casualmente un poco más allá un taxi se desocupó. No dio al conductor ninguna dirección. Sólo le dijo que lo llevase al centro. Echado en el respaldo, fumó un cigarrillo pensativo.

Empezó a considerar sus problemas desde que llegó a Centerville. Punto por punto hizo pasar por su memoria todo lo que había sucedido.

De pronto dio un respingo y adelantó el torso hacia la parte que se hallaba el conductor.

—¿Conoce a Charles Ritter?

—Sí.

—Lléveme a su domicilio.

—Muy bien.

Carpenter le había dicho que después que Julie le dio los cinco dólares él no volvió la cabeza porque justo en ese momento llegaba Charles Ritter. Así pues, Ritter seguía la misma dirección que Julie y tenía muchas probabilidades de haberla visto.

El coche se detuvo ante una casa que estaba rodeada por un jardín.

—Es aquí —anunció el taxista.

Maxwell le dijo que esperase y saltó fuera.

La verja del jardín tenía el pestillo echado, pero él introdujo la mano por entre los barrotes y lo despasó.

Recorrió un camino de cemento y subió una pequeña escalinata.

Oprimió el timbre.

Se oyeron unos pasos y le abrió una mujer de unos cuarenta y cinco años de edad, de rostro pacífico.

Maxwell se tocó el ala del sombrero.

—Buenas noches, señora. Quisiera hablar con el señor Ritter.

—Oh, sí, desde luego.

—Soy Richard Maxwell.

Pase, señor Maxwell, mi marido le recibirá.

La señora Ritter introdujo a Maxwell en una habitación pulcramente dispuesta.

—Ahora mismo le aviso, señor Maxwell. Siéntese, por favor.

Dick dio las gracias y ocupó un sillón.

La señora Ritter abandonó la estancia.

Maxwell oyó la voz de la señora Ritter y la de un hombre, pero no lo que hablaban. Luego siguieron pasos y por la puerta entró un hombre de unos cincuenta y cinco años de edad. Era de mediana estatura y muy grueso.

—¿Señor Maxwell? —dijo quedándose quieto en el umbral.

Dick se levantó.

—Perdone que le moleste a estas horas, señor Ritter.

—Oh, no tiene importancia. ¿Cómo está usted? —Ritter tendió la mano al tiempo que echaba a andar.

Maxwell observó que la diestra de Ritter no corría al encuentro de la suya. Miró sus ojos. Eran muy grandes y estaban fijos en un punto justo por debajo de su cabeza, a la altura del pecho.

El descubrimiento de que Ritter era ciego le dejó paralizado. No; él no podía haber visto a Julie Varden.

—Perdone, señor Ritter, pero creo que hay una equivocación.

—¿Cómo dice?

—Usted no es el Ritter que yo busco. Me dieron la dirección de un hombre delgado, de unos treinta años de edad.

—Oh, lo siento.

—Muchas gracias de todas formas, señor Ritter.

—No hay de qué, señor Maxwell. Espere y lo acompañaré.

—No es necesario que se moleste. Conozco la salida.

Maxwell salió de la casa y se introdujo otra vez en el taxi dando al chófer la dirección del bar de Armitage.

Estaba cansado, muy cansado.

En el bar había más gente de la que había visto en mi última

visita. La pelirroja trabajaba intensivamente.

Dick sentóse en un taburete.

La joven le hizo una señal, dedicándole una sonrisa.

Cara de Caballo seguía en la caja.

Al cabo de unos cinco minutos, Helen le puso delante una hamburguesa.

—Le gustará.

—¿Llamó el de antes? —preguntó Dick.

—No, pero quizá haya suerte ahora.

Helen se retiró para servir a los demás clientes.

Maxwell comió la hamburguesa y luego fumó un cigarrillo.

Dejó pasar quince minutos y luego le hizo una señal a la pelirroja. Cuando ésta se acercó, le dijo:

—Me tengo que marchar.

—Oh, ¿por qué no se espera? Cerramos dentro de media hora.

He de ir a otra parte.

Helen puso una cara muy seria.

—Está bien —se puso a hacer el boleto.

—No lo tome así —dijo Dick.

—No tiene importancia —respondió la joven.

—Nos veremos mañana. Si hay alguna llamada estaré en el hotel Central.

Maxwell saltó del taburete y caminó hacia la caja.

Pagó a la viuda y ésta, cuando le daba la vuelta, murmuró:

—Le gustan las complicaciones, ¿eh?

—¿A qué se refiere?

—A la chica, a Helen.

—No habrá complicaciones.

—Quisiera estar segura. Es una buena muchacha, no la enrede.

—Lo tendré en cuenta, señora Armitage —hizo una pausa—. ¿Se le refrescó la memoria?

Los ojos de la viuda se clavaron en los de Dick.

—¿Se refiere a la rubia por la que preguntó?

—Sí.

—No la vi.

Maxwell salió del establecimiento y encaminóse al hotel.

Pasó junto al registro donde estaba el individuo de rostro abotargado leyendo una revista y subió en el ascensor. Una vez en

su habitación se encerró con llave. Tendióse en la cama y continuó reflexionando, pero poco después el cansancio lo venció y quedóse dormido.

CAPÍTULO VI

De pronto le despertó el repiqueteo del timbre del teléfono. Observó su reloj de pulsera. Eran las cuatro y media de la madrugada. Alargó la mano y llevóse el auricular al oído.

—¿Señor Maxwell? —Oyó una voz femenina.

—Sí.

—Soy Grace Spelling, señor Maxwell.

—Hola, Grace. ¿Qué tiene que decirme?

—Helen, mi compañera del bar, me llamó para anunciarme lo de Byron Carpenter.

—¿A qué hora se lo dijo?

—Hace más o menos tres horas. Yo no le pude llamar a usted hasta ahora. Floy se marchó hace un momento.

—A propósito, ¿cómo le fue con él?

—Creí que me arrancaría la piel a tiras, pero no fue así. La corrección que usted le propinó lo dejó sin ánimos para pelear.

—Lo celebro por usted.

—¿Llegó a decirle algo Carpenter?

—Si, Grace. Me dijo mucho. Carpenter vio a mi rubia. Lo malo es que no pudo oírlo la policía.

—Está bien, señor Maxwell. Quiero hablar con usted. ¿Puede venir a mi apartamento de la calle Jefferson?

—Desde luego. Estaré ahí dentro de media hora.

—Dese mucha prisa.

Grace colgó primero y luego lo hizo él.

Fue al cuarto de baño y se lavó rápidamente. Luego vistióse y abandonó el apartamento.

El hombre del registro lo miró con el ceño fruncido cuando pasó por enfrente.

Salió a la calle y se metió en un taxi.

Diez minutos más tarde llegaba al número de la calle Jefferson donde vivía Grace.

Dijo al conductor que esperase un poco más abajo.

La puerta de la casa estaba entornada. Abrió y la dejó tal como la había encontrado.

Subió los peldaños de la escalera sigilosamente. Al llegar arriba prefirió tocar suavemente con los nudillos a oprimir el timbre.

La puerta se abrió dando un chasquido. Por el hueco no vio a Grace, pero sí oyó su voz:

—Pase, señor Maxwell.

Dick pasó e instantáneamente una mano se apoderó de su solapa y un puño percutió contra su cara…

Se desplomó en el suelo y justo en ese momento oyó que la puerta se cerraba y que echaban el pestillo.

Grace Spelling lanzó un grito y se puso a sollozar. Luego una voz dijo:

—Anda, Buddy. Conviértelo en astillas.

Dick sacudió la cabeza porque el golpe lo había dejado mareado.

Había ido a parar a un *living*. Junto a unas cortinas estaban Grace y Floy. Un poco a la izquierda había un tipo que medía dos metros y que debía pesar los cien kilos. Se cubría con un traje sucio que le venía demasiado estrecho. Su cara era la de un retrasado mental. Poseía unos brazos muy gruesos que terminaban en unas manos con las que podría descoyuntar a un buey.

Dick se puso en pie rápidamente. Fintó hacia la derecha y golpeó el estómago del gigante, pero fue como si le hubiese hecho una caricia. El hombretón se echó sobre él para aprisionarle. Maxwell se agachó rápidamente y escurrióse. Se dio cuenta de que bastaría que cayese entre las manos de Buddy para que éste lo partiese en dos.

—¡Deténlo, Floy! —gritó Grace.

Floy soltó una carcajada.

—¿No te divierte, nena?

Maxwell cogió una silla y la dejó caer sobre la cabeza de Buddy, pero éste apartó el proyectil con el brazo y atrapó con la otra mano la chaqueta de su víctima.

Maxwell giró hacia un lado rápidamente para evitar el zarpazo.

Lo consiguió a medias porque Buddy le alcanzó en el pecho.

Maxwell se dobló sintiendo que se ahogaba. Entonces Buddy le golpeó en la nuca.

Maxwell estrelló la cara contra el suelo y perdió el conocimiento.

Cuando despertó, ya era de día. Lo habían dejado tendido en un lugar al aire libre, intentó moverse y sintió que le dolía todo el cuerpo. Púsose en pie y diose cuenta de que se encontraba en un terreno baldío. A lo lejos, por el hueco de una tapia, vio las casas de Centerville.

En su reloj eran las siete de la mañana. Había permanecido sin sentido unos sesenta minutos, o quizá se había quedado dormido después que el gigante lo molió.

Salió del solar dirigiéndose hacia las casas. Avanzó por la calle. Algunos chiquillos que jugaban se le quedaron mirando. Encontró pronto un taxi y dio la dirección del hotel Central. En el registro, el hombre del cabello aceitoso atendía a un cliente y Maxwell caminó muy de prisa hacia el ascensor con la cabeza gacha.

Entró en, su apartamento y miróse en el espejo del cuarto de baño. Tenía los labios hinchados y un corte en el pómulo. Le dolían las costillas al respirar y pensó si Buddy le habría roto alguna. También le dolían los riñones.

Se desvistió rápidamente y tomó un baño caliente. Luego sacó ropa limpia de la valija y otro traje.

Estaba encendiendo un cigarrillo cuando la puerta se abrió sin previo aviso. Volvió rápidamente la cabeza y vio en el hueco a Viola, la sobrina del alcalde. La joven al parecer no se había acostado. Se cubría con un abrigo de visón y bajo éste mostraba el mismo vestido de noche con que él la había conocido.

—Hola —dijo ella, y cerró la puerta.

Dick expulsó una bocanada de humo.

La joven dio unos pasos hacia él y se detuvo, observándole la cara.

—¿Quién fue la gata? —pregunto.

—Alguien que me quiere mucho.

—Te está bien empleado por no esperarme.

—No hubo cita, y ahora, si me lo permites, tengo que trabajar.

¿Vas a seguir buscando a esa rubia?

¿Quién te lo dijo?

—Oí que el capitán Crane hablaba con el fiscal, y por si acaso se te olvida, el fiscal es mi padre.

—¿Sí? ¿Qué historia contó Crane?

—Tú te ibas a casar con una chica. Quedasteis citados aquí para celebrar el matrimonio. Te presentas tú y ella no aparece. Entonces tú te pones a buscarla como un loco porque no puedes admitir que ella te haya plantado, ¿no es así?

—Más o menos…

—Bueno, yo soy morena, pero me puedo teñir el cabello.

—No te sentaría bien. Tus ojos son negros.

—Estupendo, ya hemos adelantado algo; Te fijaste en mis ojos.

Viola abanicó las pestañas.

Maxwell dijo:

—Tuviste una noche un poco movida. ¿Por qué no te vas a dormir?

—Hice muchos planes y t£ entras en ellos.

—He de renunciar.

—Oh, es por la rubia, ¿verdad?

—Sí, es por ella. Debo encontrarla.

—¿Sigues pensando que está aquí?

—No tengo duda de que se encuentra en Centerville.

—Pero ¿dónde?

—Eso es lo que no sé y lo que necesito averiguar…

—¿Quieres decir que está secuestrada?

—Sí.

—¿Y por qué habían de hacerlo?

—También lo ignoro.

Viola sonrió.

—Es tu imaginación de periodista, Dick.

—Anoche mataron a un hombre, Viola.

—A un mendigo borracho.

—No me importa lo que fuese. El vio a mi chica. Justamente lo liquidaron antes de que testimoniase ante la policía. Anda, dime ahora que Carpenter me colocó su historia para sacarme el dinero.

Hubo un silencio. Viola dio un suspiro y luego dijo:

—Está bien, ¿puedo ir contigo? ¿No queda nadie que te pueda informar?

—Hay dos mujeres que quizá sepan algo. La viuda Armitage y una de sus empleadas, Grace Spelling. Lo único que pasa es que la dueña del bar no quiere soltar prenda, y, en cuanto a Grace, la tiene demasiado asustada cierto matón.

—¿No hay otra persona?

—No, no la hay, o al menos yo no la conozco.

Viola alargó la mano y le quitó el cigarrillo de entre los dedos. Inhaló profundamente el humo y luego lo soltó por la nariz.

—Son casi las ocho —dijo—. ¿Me invitas a desayunar?

Sí. Quiero hablar con Grace Spelling.

Fueron al bar de Armitage. Grace Spelling tenía entre las manos un plato de bollos y estuvo a punto de dejarlos caer cuando vio entrar en el local a Maxwell. Su rostro perdió el color.

Media docena de clientes se sentaban en los taburetes, pero en la caja no había nadie.

Dick y Viola tomaron asiento en una mesa, cerca de la ventana. Grace Spelling se acercó a ellos. Saludó a Viola y luego fijó los ojos en los de Dick.

—Celebro verlo, señor Maxwell.

Dick sacudió la cabeza.

Pidieron jugo de tomate, café con leche y tostadas con mantequilla. Grace *se* retiró para cumplimentar el servicio.

—¿Crees que ella sabe algo? —preguntó Viola.

—Estoy convencido de ello. Julie entró aquí —Dick hizo una pausa—. ¿Qué clase de ciudad es ésta, Viola?

—Oh, una como cualquier otra —la joven sonrió— Supongo que no te irán a ser sospechosos todos los vecinos.

—Sólo algunos.

—¿No habrá ido Julie a dar la buena noticia de su boda a sus familiares?

—Ella no tiene familia.

El capitán Crane dijo que tú y Julie habíais estado aquí solo una vez, el año pasado durante la exposición de ganado. *¿Y* Si estaba dormida cuando el tren llegó aquí y pasó de largo?

—¿Es también idea del capitán?

—Eres muy suspicaz, Dick. Lo acabo de pensar ahora.

—Muy bien, supongamos que ocurrió eso. ¿Sabes lo que hubiera pasado?

—¿El qué?

—Ella hubiese descendido en la estación siguiente y me hubiese puesto una conferencia al hotel Central para comunicarme lo ocurrido. Pero no ha habido ninguna conferencia, ¿convencida?

—Sólo queda el otro hombre.

—Ya conozco esa hipótesis. Julie se arrepintió del paso que iba a dar y ni siquiera vino a Centerville.

—Algo así.

—No, nena. No hay nada de eso.

—¿Por qué no? ¿Te crees tan irresistible?

—Simplemente conozco bien a la mujer con la que me voy a casar.

Grace Spelling se acercó con el servicio. Después de dejarlo sobre la mesa se retiró otra vez.

Maxwell bebió su jugo de tomate y se levantó.

—Espera aquí, Viola —dijo.

Aproximóse a un taburete e hizo una señal a Grace, la cual acudió por el otro lado. La joven sé humedeció los labios con la lengua.

—Siento lo ocurrido… Eloy me obligó a llamarle.

—Comprendo.

Temí que Buddy le hubiese matado. Le golpeó salvajemente. ¿Quién es Buddy?

—Un perro fiel de Floy. Buddy hace todo lo que Floy le ordena.

—¿En qué clase de negocios está metido Floy?

—Alguna vez trabaja para Eddie Farrow.

—¿Quién es Eddie Farrow?

—El dueño de la casa de juego que hay en la carretera de Lona Mount.

—Oiga, Grace. Usted conoce la clase de trabajo en que estoy metido. Sé que usted vio entrar aquí a Julie, pero necesito oírlo de su boca.

La joven parpadeó y luego mordióse el labio inferior.

—Estuvo aquí —dijo.

—Adelante, Grace.

—Yo misma le serví una hamburguesa y una botella de cerveza. Me pareció una chica muy alegre. Ella tenía ganas de hablar y me dijo que Centerville le había parecido una ciudad muy simpática.

Dejó medio dólar de propina.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

—Unos veinte minutos.

—¿Había mucha gente en el local entonces?

—No, media docena de clientes.

—¿Los conocía usted a todos?

—Bueno, no me fijé. Había gente, pero ya sabe, una va y viene e incluso, sirviendo, está pensando en otra cosa. Pero a su chica le presté atención especial porque ya le digo que me resultó agradable y no la había visto con anterioridad.

—¿Pagó en la caja?

—Desde luego. Ella me dio el medio dólar cuando le hice el boleto.

—La señora Armitage dice que no la recuerda.

—Quizá sea así.

—Pero le parece a usted extraño, ¿verdad?

Grace vaciló unos instantes. Finalmente dijo:

—Sí, me parece extraño.

—Escúcheme, Grace. ¿Se da cuenta de la importancia de todo esto?

—Desde luego.

—¿Va a repetir todo lo que me ha contado al capitán Crane?

Grace titubeó.

—No, no puedo, señor Maxwell.

—Contaría con la protección de la policía.

—Perdóneme, señor Maxwell, pero no puedo hacer eso.

—¿A quién tiene miedo, Grace? ¿Es sólo por Floy?

—Ya le he dicho más de lo que podía decir. Recuérdelo, señor Maxwell. Byron Carpenter murió anoche, y fue porque quiso ayudarle, porque usted quiso que él repitiese su historia a la policía.

Maxwell sacudió la cabeza.

—Me hago cargo, Grace.

—Yo quiero que encuentre a su chica, señor Maxwell.

Lo malo es que puede ser demasiado tarde cuando la encuentre. Gracias de todas formas.

Maxwell bajó del taburete y regresó a la mesa que compartía con Viola. Ésta le obsequió con una sonrisa mientras se sentaba.

—¿Lograste algo de ella, Dick?

—No.

—Eres un embustero.

—¿En qué lo notas?

—Me fijé en la cara de ella mientras hablaba contigo. Estaba realmente emocionada.

—No, no estaba emocionada, Viola. Lo único que pasa es que tiene el miedo metido en el cuerpo.

—¿De quién tiene miedo?

—Forma parte del secreto. Me gustaría saber lo que pasa, aquí en Centerville. —Ya te he dicho antes que ésta es una ciudad muy vulgar—. ¿Y cuándo te aburres qué haces, Viola?

—Bebo.

—Quizá haya algo más que el *whisky* para divertirse en Centerville.

—¿El qué, Dick?

—El juego.

—Oh, sí. De vez en cuando organizamos alguna partida en casa de un amigo.

—¿Y qué días vais al local de Eddie Farrow?

Viola enarcó las cejas.

—Para ser un forastero, pareces estar muy enterado de las cosas de Centerville.

—Tenía entendido que el juego estaba prohibido aquí, lo mismo que en el resto del estado.

—No estoy muy fuerte en leyes.

—Tu padre es fiscal.

—Sí, mi padre es fiscal; ¿por qué no hablas con él? Podéis discutir eso del juego.

—No me interesa, de momento. Pensé que tú también estarías bien informada acerca de Eddie Farrow.

—No es mi tipo, ¿sabes? Sólo se trata de un gángster.

—Es extraño que a un gángster le dejen montar su tinglado, especialmente cuando el juego está prohibido en el territorio donde el gángster actúa.

—Oh, Dick… ¿Es que te vas a meter ahora en política?

Maxwell vio entrar al policía Bill, el cual se acercó a la mesa.

—Señor Maxwell —dijo después de hacer una inclinación hacia la joven.

—¿Qué hay, agente?

—El capitán Crane le espera en su despacho.

—Está bien, iré más tarde.

—Es urgente.

—¿Sabe de qué se trata?

—Sí, pero el capitán me ordenó que lo silenciase. El se lo contará todo.

Maxwell dejó la servilleta sobre la mesa y se puso en pie. Fue a buscarse la cartera, pero Viola hizo un gesto.

Pago yo, Dick. Así me deberás una invitación.

Como quieras.

—Voy a casa a dormir. ¿Por qué no me llamas esta tarde? Vivo en un lugar muy bonito. Desde la terraza de mi casa se ve un buen paisaje.

—Es posible que vaya.

Maxwell siguió a Bill.

Llegaron al Departamento. Bill abrió la puerta del despacho de Crane. Éste paseaba por la habitación con el sombrero puesto y se detuvo al ver entrar a Dick.

—Bien, muchacho. Ya la tenemos.

—¿Dónde?

Crane se aclaró la garganta y rascóse la mejilla observando a Dick con los ojos fruncidos.

—Supongo que está preparado para lo peor, ¿verdad, Maxwell?

—Dígalo de una vez.

—Está muerta —dijo Crane.

CAPÍTULO VII

Los dos hombres se estaban mirando en silencio.

—¿Dónde ha aparecido, Crane? —preguntó Maxwell.

—En Fairfax, a treinta millas de Centerville. Estaba muy cerca del tendido del ferrocarril. Hace apenas media hora que la han descubierto. Al parecer, cayó del tren o la arrojaron. —Crane hizo una pausa—. Yo lo siento…

—Quiero verla.

—Venga conmigo. Me disponía a ir allá.

Hicieron el viaje en silencio. Crane ofreció un cigarro a Maxwell, pero éste rechazó la invitación.

El coche salió de la carretera y siguió por un sendero hasta muy cerca de los rieles del ferrocarril. Había un grupo de gente alrededor del cadáver. Un patrullero, un fotógrafo, tres hombres con trazas de policía y un tipo de unos cuarenta años que se cubría con una chaqueta de cuero y un gorro de lana.

Crane y Maxwell se acercaron llevando a Bill a retaguardia.

Los del grupo volvieron la cabeza y uno de los policías de paisano se acercó a Crane.

Maxwell se detuvo observando el cadáver. Había quedado casi irreconocible. El patrullero se puso al lado explicando:

—Debió caer cuando el tren iba a más de ochenta millas por hora y fíjese las piedras que hay por ahí. Infiernos, apuesto a que rebotó más de un cuarto de milla antes de quedarse quieta.

Maxwell se volvió hacia Crane.

—No es mi chica, capitán.

—¿Qué dice?

—Lo que oye. No es Julie Varden. Esta mujer pesa unos diez kilos más que mi chica. El cabello de Julie Varden es natural y el de

esta muchacha teñido. Julie Varden usa siempre zapatos de tacones altos, ésta los lleva de medio tacón. Julie Varden tiene el cutis blanco, el de esta mujer es moreno.

Hubo un momento de suspenso.

—Parece estar muy seguro, Maxwell.

—Lo estoy, capitán, completamente seguro. ¿Trajo la foto de Julie Varden?

—Sí, la traje.

—Sáquela y lo podrá comprobar usted mismo.

Crane sacó la fotografía de Julie Varden del bolsillo interior de su chaqueta. Miró alternativamente al cadáver y la fotografía.

—Es posible que usted tenga razón, Maxwell, pero no noto tanta diferencia.

Naturalmente, usted conoce a Julie Varden mejor que yo.

—Sí, capitán, la conozco mejor que usted.

Maxwell alargó la mano.

—¿Me da la fotografía?

Crane la entregó y Maxwell la depositó en el bolsillo.

Luego echó a andar alejándose del grupo.

Crane volvió rápidamente la cabeza.

¿Dónde va, Maxwell?

A la ciudad. Supongo que ustedes continuarán un rato aquí. Sí, nos quedamos.

—Ya nos veremos, capitán.

—Espere un momento, Maxwell.

Dick interrumpió de nuevo su camino.

Crane se separó de sus subordinados y acercóse al joven.

—No le pregunté antes acerca de esos desperfectos que tiene en la cara.

—¿Se va a preocupar ahora?

—No me gusta el tono que emplea conmigo, Maxwell.

—Es una lástima.

—Ha tenido dificultades hasta ahora, ¿no es así, Maxwell? No se busque más.

—Ande, amenáceme, capitán. Dígame que debo marcharme de la ciudad.

Crane arrugó los ojos sin apartarlos del rostro de Dick.

—No se las dé de hombre duro, Maxwell. Conmigo no.

—Lo tendré en cuenta, capitán. ¿Puedo irme ya?

—Le voy a dar un consejo. Si recibe alguna noticia respecto a su chica hágamela saber. Le conviene.

—Claro que sí, capitán. Seré un ciudadano modelo. Le deseo más suerte en la próxima identificación.

Maxwell giró sobre sus talones y ganó el sendero que conducía a la carretera. Llegado a ésta se puso a andar en dirección a Centerville.

Oyó a su espalda el motor y se detuve.

Era un coche que avanzaba a gran velocidad. Hizo señales para que se detuviese, pero el conductor las ignoró y siguió adelante sin aminorar la carrera.

Continuó andando durante quince minutos.

Otro motor zumbó a sus espaldas. Esta vez era un camión que se detuvo cuando él lo pidió. Al volante iba un hombre grueso de cara llena de sudor.

—¿Va a Centerville, amigo? —preguntó Maxwell.

—Sí, ande, suba.

Maxwell dio la vuelta al motor y subió por la otra portezuela.

—¿Forastero? —preguntó el conductor.

—Sí.

El camión pilló un bache y las ballestas crujieron.

—Esos malditos del Ayuntamiento de Centerville no se ocupan de nada —rezongó el chófer—. Mire cómo tienen la carretera. No les importa que un tipo que se gana honradamente la vida se deje los sesos desparramados por el asfalto. A ellos les interesa más otra cosa.

—¿El qué, amigo?

—Llenarse bien los bolsillos. Eso es lo único que hacen, y le aseguro que no reparan en medios.

—Bueno, eso parece que ocurre en muchos lugares —repuso Maxwell con voz indiferente.

Usted no conoce a estos tiburones… Infiernos, no se contentan con poco, lo quieren todo.

De pronto el conductor se interrumpió observando a Maxwell.

—Usted no será de ellos, ¿eh, amigo?

—No se preocupe, puede hablar con tranquilidad.

—Bueno, yo no es que sepa mucho, pero lo dice todo el mundo y

me limito a repetir lo que oigo. Ahí tiene usted a Ackerman. Se dice que con la construcción dé la nueva escuela, se ha metido más de cincuenta mil dólares en el bolsillo. Eso les da nuevos ánimos. Ahora pretenden desviar un pequeño riachuelo que no sirve para nada, pero, naturalmente, las obras importarán un buen pellizco y el amigo Ackerman volverá a llenar la bolsa.

—¿Quién es Ackerman?

—El concejal de Reformas Urbanas —el conductor hizo una pausa—. Y es lo que me digo yo. Si Ackerman hace eso, naturalmente debe de tener el consentimiento de las otras autoridades, especialmente del alcalde que es familia suya. Y ahí tiene también al fiscal que es otro del clan.

—Al parecer, una sola familia usufructúa los cargos de Centerville.

—Sí, pero ¿de qué le vale a esa gente? Entre ellos son como lobos. Yo me llamo Tim
O'Malley
y llegué a América hace veinte años con mi mujer. Tenemos un par de hijos, ¿sabe? Uno de ellos se gradúa este año. Bueno, pues aquí me tiene. He trabajado duro, amigo, y lo sigo haciendo, pero da alegría eso de saber que uno, cuando llega a casa de noche, va a encontrar rostros alegres y comprensión —
O'Malley
sacudió la cabeza—. No, amigo. No los envidio, se lo juro. Los Whiting son los más fuertes de la ciudad, pero ¿de qué les vale? Ahí tiene al alcalde que anda a la gresca siempre con su mujer.

—¿Por qué?

—Según me han contado, ella se creyó que se casaba con un gran hombre y luego descubrió que su marido, con toda su pose, no era más que un tipo vulgar. ¿Y qué es lo que ella hizo? —
O'Malley
se echó a reír—. Sólo se le ocurrió irse a buscar a otro corral. —Un amante, ¿eh?

—Sí.

—¿Quién es?

—Hombre, yo no lo puedo asegurar, pero la gente señala a Eddie Farrow.

—Eddie Farrow —repitió Maxwell.

—Sí, un tipo que se dejó caer por aquí desde Nueva York hace un par de años. Montó una casa de juego y ahí tiene lo bueno, ¿se da cuenta? Naturalmente, Farrow tuvo que contar con la colaboración de los peces gordos. Imagínese el lío. Farrow explota muy bien su filón de oro y, como es lógico, reparte los beneficios, ¿se da cuenta? En otras circunstancias, a Farrow le hubiesen cortado las alas, pero ¿qué pueden hacer? Hay mucho dinero por medio.

—Sólo me extraña una cosa.

—¿El qué?

—Que todo eso sea tan del dominio público.

O'Malley
tosió repetidamente. Maxwell preguntó:

—¿Está seguro de que todos en Centerville están al corriente de lo que pasa?

No, todo el mundo, no.

¿O sólo son suposiciones suyas?

No son suposiciones mías, amigo. A propósito, ¿quién es usted?

Dick Maxwell, periodista de Chicago, pero no se preocupe, no voy a publicar nada de, lo que usted me ha dicho. Estoy de vacaciones.

—Hablé por hablar, señor Maxwell.

—No,
O'Malley.
Tengo la impresión de que usted habló por propio convencimiento, pero le vuelvo a repetir lo de antes. No es posible que todo el pueblo de Centerville esté enterado de las intimidades del alcaide. Quisiera saber cómo ha adquirido usted ese conocimiento.

La nuez bailó en la garganta de
O'Malley.
Ahora sudaba más que antes.

—¿Qué uso va a hacer de esto, señor Maxwell?

—Ninguno, ya le he advertido que en este viaje no voy a utilizar la pluma, y para su tranquilidad, tampoco su nombre saldrá a relucir en ninguna conversación.

—Aquí hay mala gente, señor Maxwell, y lo que le dije antes es la pura verdad. He trabajado muy duro.

—Vamos,

O'Malley,
no hace falta que lo repita. Tiene mi palabra de que sabré ser discreto.

—Está bien, voy a creer en usted. Mi mujer es bordadora, ¿sabe? Ha hecho algunos trabajos para Miriam, la esposa del alcalde. Anna tiene entrada en la casa y… bueno, tuvo oportunidad de enterarse de todo.

—Así pues, usted no lía escuchado nada en ninguna tertulia. Todo lo sabe de primera mano.

—Sí, pero también lo sabe mucha gente.

—¿Qué gente?

—Los propios familiares del alcalde, el fiscal, su hija y Ackerman, su mujer y sus tres hijos.

—¿Cuándo se enteró el alcalde de la relación existente entre Miriam y Farrow?

—No lo sé.

—Haga un cálculo, estoy seguro de que su mujer se lo dijo.

—Infiernos, nunca me acostumbraré a tener la boca cerrada —rezongó
O'Malley
—. Dos meses.

—¿Qué medidas adoptó el alcalde al enterarse?

—Quiso acabar con Farrow, naturalmente, pero no le dejaron.

—¿Quiénes?

—Supongo que los del clan familiar. ¿Se da cuenta de la reunión? Diablos, me hubiese gustado asistir a ella. El alcalde diciendo que tenían que expulsar a Farrow y los otros alegando la cantidad de dinero que habían recibido del gángster…

—Y según parece ganaron los del dinero, ¿eh,
O'Malley?

—No lo sé. Quizá Farrow renunció a Miriam, porque, ¿sabe una cosa? Miriam quería divorciarse del alcalde para casarse con Farrow. Naturalmente, eso el alcalde no lo podía consentir. En fin, es lo que le dije antes, un bonito lío.

—¿Y qué me dice de la hija del fiscal,
O'Malley?

—¿Viola? —
O'Malley

rió otra vez—. Es una hermosa chica.

Eso ya lo sé.

—¿La conoce?

—Sí, la conozco.

—Compromete a unos y otros, pero no se queda con ninguno.

—¿A usted también,
O’Malley?

—Oh, no, a mí, no. Es Anna quien me lo cuenta, ¿sabe? Ella conoce bien el clan —
O’Malley
observó a Maxwell—. Dijo antes que usted no me traería complicaciones.

—Sí, lo dije.

—¿Dónde le pusieron esa cara?

—Discutí con un amigo de Farrow.

—¡Santo cielo! ¿Se ha metido usted con él?

—Todavía, no.

—Yo sé lo que es mejor para usted, Maxwell. ¿No está de vacaciones?

—Sí.

—Busque otro lugar para disfrutarlas. Usted es un tipo a quien le gusta el jaleo.

—Se equivoca. Soy pacífico por naturaleza, pero no tengo más remedio que defenderme cuando se me ataca.

—Mire, ésa es la casa de Farrow. Estamos llegando a Centerville.

Maxwell volvió la cabeza rápidamente hacia el lugar que
O’Malley
se refería. A la izquierda de la carretera, nacía un camino bordeado de palmeras. Al fondo había un gran edificio. En una terraza se veían unas cuantas mesas con sombrillas. A la derecha había una piscina.

—Frene,
O’Malley.

—¿Es que se va a quedar aquí?

—Es justo mi destino.

—Piénselo mejor, muchacho. No sé lo que se trae usted entre manos, pero apuesto a que se le convierte en dinamita.

Maxwell golpeó la espalda de

O'Malley.

—Eche el ancla, amigo.

O'Malley

sacudió la cabeza de arriba abajo y pisó el pedal del freno.

El camión se detuvo con algunos chirridos.

Maxwell abrió la portezuela y saltó fuera cerrando con fuerza. Hizo un saludo con la mano.

—Gracias por todo,

O'Malley.

El conductor hizo una mueca y poco después el coche siguió su camino hacia Centerville.

Maxwell echó a andar por el camino bordeado de palmeras.

Observó que en la piscina se bañaban dos mujeres.

Ocupó una mesa protegida del sol por una sombrilla. Un mozo de chaqueta blanca y botones dorados se apartó del bar que había al fondo y fue hacia él.

Maxwell le pidió un *whisky*, y se puso a observar a las mujeres de la piscina. Una era algo gruesa, pero la otra poseía un cuerpo esbelto muy proporcionado y era también muy bella. Se cubría con un bañador verde que hacía resaltar adecuadamente sus formas. Su cabello era una llamarada de fuego.

El mozo regresó con el *whisky*, que puso en la mesa.

—Deseo hablar con el señor Farrow —dijo Maxwell.

El señor Farrow no está visible hasta las doce.

Quizá a él le interese verme antes.

—Lo siento, no puedo hacer nada por usted —dijo el mozo, y se retiró.

Maxwell se entretuvo un rato bebiendo el *whisky* y observando las zambullidas de la pelirroja. Valía la pena cada vez que ella subía al trampolín y se ponía de puntillas.

Encendió un cigarro. Cerca del bar vio una puerta por la que se entraba en la casa. Tomó el vaso de la mesa y se puso en píe encaminándose hacia la puerta. El camarero estaba de espaldas apoyado en la solitaria barra del bar.

Maxwell, introdújose en un gran salón que se utilizaba como restaurante. A la derecha había un mostrador tras el que había un hombre de gran papada.

Maxwell se acercó a él.

—Póngame con el señor Farrow.

El piro le miró con las cejas enarcadas.

—Tendrá que esperarlo. El señor Farrow…

—Ya lo sé. No baja hasta el mediodía, pero es ahora cuando yo tengo que hablar con él, y será mejor que coja usted el teléfono y avise a su patrón.

El hombre vaciló unos instantes, pero finalmente alcanzó el auricular, inquiriendo:

—¿Quién debo decir que pregunta por él?

—Maxwell, Dick Maxwell, de Chicago.

El empleado permaneció un rato en silencio y luego dijo a través del micro:

—¿Señor Farrow…? Perdone usted, pero el caballero insiste. Le aseguro que traté de convencerle… Dick Maxwell, de Chicago… Sí, está bien, ahora sube —colgó y miró parpadeante a Maxwell—. Lo recibirá ahora mismo.

Suba en el ascensor hasta la segunda planta. Allí le estará esperando un hombre.

—Gracias —dijo Maxwell, y caminó hacia el ascensor que el otro le indicaba.

Apretó el botón de la segunda planta y al abrirse arriba las puertas, vio a un hombre de unos cuarenta años de edad, de estatura regular y rostro muy pálido.

—¿Maxwell?

—Sí, yo soy.

—Venga conmigo.

Maxwell fue con su vaso de *whisky* detrás del guía. Éste se detuvo ante una puerta, que abrió.

—Pase dentro.

Maxwell entró en un espacioso despacho. Al fondo, muy lejos, había una mesa de caoba y detrás un amplio ventanal. El tipo que lo había acompañado hasta allí le pasó de pronto las manos por la Chaqueta.

Maxwell le miró sonriente.

—No tengo costumbre de llevar armas.

El otro se agachó y le tocó los pantalones.

—Es pura precaución, ¿sabe? —Claro que si.

—¿No se sienta?

—Prefiero estar de pie.

Maxwell observó los cuadros que adornaban la habitación. Eran copias de grandes pintores. Por una puerta de la derecha entró en la estancia un hombre de unos treinta y cinco años de edad, moreno, muy alto, de fuerte constitución. Sus rasgos faciales denotaban energía. Cubríase con un batín azul oscuro con cuello de piel. Bajo el batín mostraba una camisa blanca. Estaba recién afeitado y su pelo parecía húmedo. En su diestra humeaba un cigarrillo recién encendido.

—¿Eddie Farrow? —preguntó Dick.

El otro no habló hasta que se sentó en un sillón de alto respaldo que había detrás de la mesa de caoba. Era su trono.

—Sí, señor Maxwell. Soy Eddie Farrow. ¿Qué es lo suyo?

—Usted lo sabe. Buscó a mi novia.

Farrow miró a su guardaespaldas, que estaba cerca de la puerta.

—¿Nos dedicamos nosotros a la trata de blancas, Olson?

—No, jefe, no traficamos con eso.

Farrow depositó otra vez su mirada en el rostro de Dick.

—Ya lo ha oído, Maxwell. No tenemos nada que ver con cualquier desaparición de mujeres que pueda producirse en el condado.

—No he dicho que usted supiese dónde está ella.

—¿Entonces…?

—He venido aquí para solicitar su ayuda.

—No lo comprendo, Maxwell. Sea más explícito.

Dick bebió un trago de *whisky* y luego avanzó hacia la mesa.

—Usted tiene montada una organización, Farrow, yo soy un extraño en Centerville. Usted podrá lograr lo que a mí me está vedado.

—¿Por qué ha creído que yo consentiría en ayudarle? El hecho de que usted haya venido a mí con esa extraña demanda me hace suponer que usted ha llegado a admitir tal posibilidad.

—Imaginé que usted querrá evitarse la presencia en esta comarca de la policía del estado.

Los labios de Farrow se comprimieron.

—Creo que va usted un poco lejos, Maxwell.

—Si yo denunciase el caso de la desaparición de mi novia como un secuestro, ¿qué cree usted que iba a pasar?

—¿Va a hacer eso, Maxwell?
—Lo haré si no me dejan otra alternativa.
En la sala se hizo un profundo silencio.
De pronto se oyó la voz de Olson:
—¿Me lo llevo, jefe?
Maxwell desvió la mirada hacia la puerta.
Olson esgrimía con la zurda una automática de color negro brillante.
—Guarda esa pistola, Olson —ordenó Farrow.
El guardaespaldas compuso una mueca de asombro, pero finalmente guardó la pistola bajo la axila.
Luego Farrow dio una chupada al cigarrillo y aplastó éste en el cenicero que había sobre la mesa.
—Aclaremos las cosas de una vez, Maxwell. Usted quiere a su chica.
—Sí.
—¿Sólo eso?
—Nada más.
—Suponga que yo la encuentro.
—Ella y yo nos marcharemos inmediatamente de Centerville.
—Está bien. Voy a aceptar su encargo. Hágame una descripción de esa chica. Olson, toma nota.
Olson se apartó perezosamente de la puerta y sentóse en un sillón. Sacó un papel de la cartera y un lápiz del bolsillo.
Maxwell dio la descripción de Julie Varden y el otro la fue anotando. Luego Maxwell dijo:
—Tengo una foto de ella.
—Désela a Olson —dijo Farrow.
Maxwell entregó la fotografía de su prometida al guardaespaldas, quien después de echarle un vistazo la guardó en el bolsillo. Luego se puso en pie y miró a Farrow.
—¿Qué hago con esto, patrón?
—Pon a trabajar a media docena de muchachos.
—Sólo hay tres libres en este momento.
—¿Y qué infiernos me importa a mí? Despierta a los demás; y nada de trabajar anárquicamente. Establece un plan y hacedlo con la mayor discreción posible. Quiero resultados.
Olson sacudió la cabeza, miró a Maxwell y le hizo una mueca

mostrándole los dientes. —¿Satisfecho, Maxwell?— dijo Farrow.

—Sí.

—Ahora márchese, tengo que hacer.

—Muy bien. Saludos de mi parte a Floy y a Buddy.

Farrow se puso en pie sonriendo.

—Floy me lo contó todo. Usted se metió con su novia, él es muy celoso.

—Floy tomó las cosas torcidas y no le gustó que yo le atizase.

—Bueno, ahora están a la par.

—Estaré conforme con todo si Julie Varden aparece.

—¿Y si no es así?

Maxwell se dirigió hacia la puerta y cuando iba a salir volvió la cabeza.

—Si no aparece, Farrow, ya puede estar seguro de que nos vamos a divertir todos.

Olson se llevó otra vez la mano a la axila.

—Quieto, chico —dijo Farrow.

—No me gusta este tipo, jefe. No me gustó, desde que le eché el ojo encima. Me parece demasiado engreído.

Maxwell sonrió e hizo un gesto de despedida coa la mano.

—Me alojo en el hotel Central, Farrow. Si me necesita para algo y no me encuentra allí, deje aviso.

Luego salió fuera cerrando tras de sí.

CAPÍTULO VIII

Maxwell pidió al empleado de abajo que llamase a un taxi. Luego le dijo que esperaría al coche sentado a una de las mesas.

El mozo que estaba en el bar lo recibió dirigiéndole una fulminante mirada.

Maxwell sé sentó en el mismo lugar de antes y se entretuvo otra vez con la pelirroja, la cual seguía zambulléndose.

Como cosa de veinte minutos más tarde, vio llegar el taxi por el camino bordeado de palmeras.

Maxwell se levantó y el mozo acudió a su lado. Pagó a éste y se dirigió hacia el coche que se acababa de detener. Entró en el asiento posterior y dio al conductor la dirección del hotel Central.

Quería dormir un par de horas. Anteriormente había trabajado solo, pero ahora había una docena de hombres que lo hacían por él, y esperaba que su plan diese resultado. El taxi inició el regreso a Centerville.

De pronto, a cosa de media milla, el conductor detuvo el taxi al ver a un coche cruzado en la carretera.

Había dos hombres. Uno junto al motor y otro cerca del portaequipajes.

Maxwell se mordió el labio inferior pensando que iba a tener dificultades. Soltó una imprecación porque no tenía ningún arma.

Los dos hombres echaron a andar al mismo tiempo y se acercaron al taxi. Bloquearon la salida de Maxwell porque cada uno eligió una portezuela. Sólo se abrió la de la izquierda y Dick vio agachado por el hueco a un tipo de unos treinta años de edad, moreno, de facciones alargadas y nariz aguileña.

—¿Señor Maxwell?

—Sí.

—Tenemos orden de llevarlo con nosotros.

—¿Son policías?

—Casi.

—¿Qué quiere decir eso?

—Trabajamos siguiendo instrucciones especiales. —¿Por cuenta del municipio?

—Hace demasiadas preguntas, señor Maxwell.

El conductor había vuelto la cabeza y estaba observando la escena.

El de la nariz aguileña sacó una pistola con la que apuntó a Dick.

—Ande, baje. Déjese de tonterías.

—Está bien —repuso Dick—. No tengo más remedio que acceder a su ruego.

El dé la nariz aguileña miró al taxista.

—Tú no has visto nada, muchacho.

—Desde luego, no he visto nada.

—No has salido de la ciudad.

El conductor tragó saliva.

—Estoy seguro de que no he salido de la ciudad. Haré más que eso. Me iré ahora mismo a casa. No hace aún media hora que me puse a trabajar. Me acostaré y diré que estoy enfermo. Hasta llamaré al médico. ¿Le parece bien?

—Claro que sí, muchacho. Me parece muy bien. Que te mejores. Vamos, Maxwell, fuera.

Dick abandonó el coche y cerró la portezuela.

El de la nariz aguileña guardó la pistola, pero mantuvo la mano dentro de la chaqueta.

—Andando, Maxwell, al coche.

El otro tipo era más bajo que su compañero y no tan delgado. Mascaba goma y sus ojos estaban desprovistos de vida.

El más alto abrió la portezuela trasera.

—Ande, entre, Maxwell. Conduce tú, Tommy.

El alto y Maxwell se pusieron detrás y el más bajo colocóse ante el volante. El coche se puso en movimiento, pero no se dirigieron a Centerville. Pasaron junto al taxi que continuaba inmóvil y retrocedieron, hacia la casa de Farrow. Pasaron de largo por el camino bordeado de palmeras, alejándose cada vez más de la

ciudad.

—¿A quién vamos a ver? —preguntó Maxwell.

—A tu tío Nicolás —contestó el hombre que tenía a su lado.

—Se están complicando la vida.

—Tú te la complicaste antes, Maxwell.

—De acuerdo, muchachos. Tienen razón. Paren el coche y me bajaré.

—¿Si? ¿Para qué?

—Me iré de la ciudad.

—Cierra la boca. No me gusta la cháchara.

Maxwell guardó silencio. Se imaginó lo que iban a hacer aquellos dos tipos y preguntóse de qué forma saldría del apuro. Al cabo de un rato llegó a la conclusión de que no tenía ninguna escapatoria.

El coche abandonó la carretera principal y se internó por un sendero. Había muchos baches. El vehículo crujió bamboleándose.

—¿Qué te pasa, Tommy? —dijo el de la nariz aguileña.

—Esto está muy malo, pero un poco más adelante mejora. Vine aquí un par de veces con Mary.

—¿Adónde?

—Un poco más allá hay una cabaña abandonada. Mary me contó que un tipo loco creyó que en su tierra había petróleo. Abrió un pozo, ¿sabes? Cuando el tipo se arruinó lo dejó todo abandonado.

—¿No hay ningún guardián?

—No; es un lugar solitario. Ya me cercioré, no te preocupes, Jocker.

El sendero ascendió suavemente. Luego descendieron por una ladera y vieron entre unos árboles los restos del pozo. La cabaña estaba un poco más allá.

Tommy detuvo el vehículo y saltó fuera. Abrió la portezuela del lado de Maxwell y sacó una pistola.

—Abajo, tipo —ordenó.

Maxwell descendió y detrás de él lo hizo Jocker.

Dick se rascó una mejilla observando el lugar.

El silencio sólo era turbado por el canto de una chicharra y el de algunos pájaros.

—Mueve las piernas hacia la cabaña, Maxwell —dijo Tommy.

—¿No tienen un poco de cerveza? —preguntó Dick—. Me muero

de sed.

Tommy se echó a reír.

—Vas a beber mucho. El hombre que abrió el pozo encontró agua.

Maxwell observó el pozo. El hueco había sido cubierto por unos tablones.

—Muévete, Maxwell —dijo Jocker.

Dick fue hacia la cabaña seguido por les dos muchachos.

La puerta estaba entreabierta y cuando Maxwell la empujó abrióse con un prolongado chirrido. En el interior sólo había cajones y trozos de madera. Todos los cristales de las ventanas estaban rotos. Las arañas habían anidado en los rincones. El piso estaba cubierto por una capa de polvo. La luz del sol se filtraba por algunos huecos del techo.

Maxwell giró sobre sus talones observando a los dos tipos que se habían quedado juntó a la puerta.

Sólo Tommy mostraba su arma. El de la nariz aguileña había sacado un cigarrillo y ahora lo estaba encendiendo.

—¿Dónde está mi chica? —preguntó Maxwell.

Tommy se echó a reír.

—¿Lo oyes, Jocker? Sigue emperrado con su chica.

—No he visto nunca a nadie que estuviese tan loco por una mujer.

Tommy rió otra vez.

—Quizá no se ha enterado de que hay otras además de su rubia.

—¿Dónde está? —preguntó otra vez Dick.

—Míralo —lo señaló Tommy con la pistola—. Está a punto de ser acogotado y sólo pregunta por su nena. Te digo que es un caso perdido, Jocker.

Jocker avanzó sobre Maxwell.

—Quieres saberlo, ¿eh?

—Sí, quiero saberlo.

De pronto, Jocker disparó su puño derecho.

Dick lo estaba esperando y lo desvió, con su antebrazo. Luego estrelló su derecha contra las narices del gángster. Éste lanzó un aullido y se desplomó.

Tommy se quedó asombrado, con la pistola en la mano. Dick hizo ademán de abalanzarse sobre él, pero Tommy le apuntó al

estómago.

—Quieto, muchacho, o te agujereo la barriga.

Jocker empezó a soltar gritos en el suelo con las manos en la cara. Su voz adquirió una extraña resonancia:

—¡Me ha roto la nariz…! ¡Me la ha roto el muy canalla…! ¡Mátalo, Tommy, mátalo ya!

Tommy soltó una risita.

—¿Por qué te acercaste a él, Jocker? No debiste hacerlo.

Jocker se puso en pie. Sus manos estaban bañadas en sangre y ésta le goteaba de la nariz cayendo al suelo.

Maxwell respiraba entre jadeos.

—Sólo quiero a mi rubia, ¿lo entendéis? Decidme dónde está y me largará. No me interesa acabar con la podredumbre de la ciudad. No es cuenta mía. Para eso hay una policía. Julie es una chica buena, no hizo ningún daño a nadie, no tiene nada que ver con vosotros, sólo la quiero a ella.

—¡Maldito seas! —gritó Jocker—. ¡Me has roto la nariz…! ¿Qué estás esperando, Tommy?

—Siempre me gusta divertirme un rato —contestó Tommy—. ¿Para qué hemos de hacerlo con prisa? Me gusta ver cómo se derrite en su propia salsa.

—¡Al diablo con eso! —gritó Jocker—. Si no lo haces tú, lo haré yo.

Maxwell, después de pegar a Jocker, había quedado junto a un cajón que estaba de pie. Enganchó éste con la puntera del zapato y lo lanzó contra Tommy.

El mascador de chicle disparó justo en el momento en que el proyectil golpeaba contra su arma.

Maxwell había saltado ya en el aire. Había elegido un punto intermedio entre Jocker y Tommy. Planeó tal como lo había visto hacer a la pelirroja de la piscina, con los brazos extendidos. Su intento debía ser coronado por el éxito total. Un fallo equivaldría a su muerte.

Pero no fracasó.

Sus antebrazos golpearon simultáneamente contra el pecho de Jocker y el de Tommy, y los tres se vinieron abajo.

Tommy volvió a disparar por reflejo, pero esta vez la bala se incrustó en el techo.

Dick era mucho más rápido que sus dos enemigos. Apenas tocó el suelo alargó la pierna hacia arriba y pasó la rodilla por encima de la muñeca armada de Tommy. Luego levantó el puño derecho y lo descargó otra vez sobre las narices de Jocker. Éste lanzó un aullido infrahumano y se encogió como un erizo. Luego Maxwell revolvióse contra Tommy que hacía esfuerzos desesperados por valerse de su brazo armado. Le golpeó en la frente, pero entonces Tommy utilizó la mano Ubre y lo cogió por el cuello. Dio un tirón y Maxwell rodó hacia el hueco de la puerta. Cuando se detuvo, vio a Jocker que sacaba la pistola. Se dio impulsó y apartóse del hueco.

Jocker disparó y la bala levantó una polvareda.

Maxwell se puso en pie rápidamente y echó a correr dando la vuelta a la cabaña. Ahora los dos asesinos estarían sedientos de sangre y tratarían de cazarlo como a un conejo.

Pasó junto al pozo y se internó por entre los árboles. Oyó maldiciones y juramentos y luego dispararon dos veces.

Uno de los proyectiles se incrustó en el tronco de un árbol y el otro silbó en el aire pasando muy cerca de la cabeza del fugitivo.

Imprimió más velocidad a sus piernas salvando los obstáculos que encontraba a su paso. Estaba siguiendo una dirección contraria a Centerville porque era la que a él le convenía.

—¡Vamos, Jocker! ¡Tenemos que ir detrás! —Oyó que gritaba Tommy.

—No puedo. Me estoy desangrando.

—¡Maldita sea! Tápate la nariz con el pañuelo. Hemos de liquidarlo. Los dos matones emprendieron la, persecución.

CAPÍTULO IX

Maxwell se detuvo unos instantes para descansar. Escuchó los fuertes latidos de su corazón. Descubrió un sendero y lo siguió, corriendo a mayor velocidad. Si lograba llegar a la carretera y encontraba un coche, los forajidos perderían un tiempo precioso en retroceder para montar en el suyo.

Llegó a la pista principal, pero estaba desierta.

Volvió la cabeza sin descubrir rastro de Jocker ni de Tommy. Entonces corrió por la carretera en dirección a Centerville. Un cuarto de milla más allá pasó al otro lado y se tendió entre unos arbustos.

Descansó otro rato: Luego levantó poco a poco la cabeza y los vio aparecer por donde lo había hecho él.

Permanecieron inmóviles un rato discutiendo, mirando en ambas direcciones de la pista. No se ponían de acuerdo.

En eso apareció un coche a lo lejos. Corría como una flecha hacia la ciudad.

Un segundo antes de que cruzase ante los forajidos, Maxwell saltó a la carretera y púsose en el centro.

Tommy y Jocker no habían tenido oportunidad de verlo porque el vehículo se había Interpuesto. El conductor empezó a frenar y los neumáticos chirriaron.

Antes de que se detuviese, Maxwell corrió a su encuentro, abrió la portezuela y saltó dentro.

El conductor, un hombre rubio con cara de intelectual, lo miró con la boca abierta.

—¡Vamos, arranque de prisa! —exclamó Dick—. Me persiguen dos asesines.

El desconocido dio un respingo y, sin hacer una sola pregunta,

hizo arrancar el coche.

Maxwell miró hacia atrás, y vio a Tommy y a Jocker corriendo, pero de pronto se detuvieron y empezaron a hacer gestos recriminándose uno a otro.

Maxwell dio un suspiro y apoyó la cabeza en el respaldo cerrando los ojos.

—Gracias, amigo —murmuró.

—Soy un hombre pacífico, ¿sabe?

—¿Es usted de Centerville?

—No, sólo estoy de paso.

—Entonces no se preocupe, no le pasará nada.

—Pensaba quedarme unas horas en la ciudad.

—Pues será mejor que en cuanto me deje a mí continúe su viaje.

—¿Qué hará usted?

—Sabré arreglármelas. Usted ya hizo bastante. Entraron en Centerville por la zona residencial.

—¿Quiere detenerse, amigo? Yo me quedo aquí —dijo Dick.

El otro frenó bruscamente.

Maxwell descendió y despidióse.

—Gracias, amigo. Me hizo un gran favor.

El desconocido no contestó siquiera. Tenía demasiada prisa en alejarse de aquellos parajes.

Dick se aproximó a un hombre que estaba barriendo una puerta.

Oiga, ¿me puede decir dónde está la casa del fiscal de Centerville?

—Tres más abajo.

Maxwell le dio las gracias y poco después llegó ante una gran puerta de hierro que estaba entornada y se coló dentro.

Encontróse ante un jardín bien cuidado, al fondo se alzaba la casa, que era muy semejante a la del alcalde.

Un hombre con un sombrero de paja le salió al encuentro.

—¿Qué desea?

—La señorita Viola me citó para esta hora.

Era mediodía y suponía que Viola continuaría durmiendo, pero éste era el momento en que debía de hablar con ella.

El criado hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y Maxwell continuó su camino hacia la escalinata. Pulsó un timbre que arrancó del interior unos sonidos musicales. La puerta fue

abierta por un mayordomo a quien Dick repitió lo mismo que había dicho al jardinero.

El criado lo introdujo en un salón y se marchó.

Maxwell encendió un cigarrillo.

De pronto le llamó la atención un cuadro que había en la parte central de la pared, justo encima de un hogar. Adelantóse para observarlo bien. En el lienzo se reflejaba la imagen de una mujer muy hermosa. Era de cabello rubio, ojos muy grandes de un color azul mar. Rodeaba su cuello un collar de perlas. Sus hombros desnudos eran perfectos.

—¿Admirando la familia? —Oyó que preguntaban a su espalda.

Se volvió. Era Viola, la cual se cubría con una salida de baño de color rojo que dejaba sus piernas al descubierto. Calzaba zapatos de tacones altos y eso la hacía más esbelta.

—¿Ya dormiste? —preguntó Maxwell.

—Sólo dos horas y tú tienes la culpa.

—¿Por qué?

—Soñé contigo.

Dick sacudió la cabeza y señaló el cuadro.

—¿Quién es?

—Miriam.

Maxwell observó otra vez la imagen.

—Es muy hermosa.

—Lo era. Ahora no la reconocerías.

—Oh, sí, ahora recuerdo que está enferma. ¿Qué *es* lo que tiene?

—Se está suicidando. Drogas, *whisky* y muchas cosas más.

—Ya comprendo.

—Cuando se casó con mi tío era la mujer más bonita que se había visto en Centerville, pero luego… —Viola se interrumpió.

—¿Qué le impulsó a destrozarse?

—Es muy largo de contar.

—Tenemos tiempo de sobra.

Viola enarcó las cejas.

Oye, ¿a qué has venido aquí?

A verte.

—Cualquiera lo diría —dijo ella y caminó airosamente hacia un mueble bar. Preparó dos *whiskys* y se acercó con los vasos en la mano a Maxwell el cual tomó uno—. A tu salud —dijo Viola.

—A la tuya.

Bebieron y luego Viola murmuró:

—Tu sola presencia aquí indica que la rubia sigue sin aparecer.

—Sí.

—¿Crees que la encontrarás algún día?

—Cada vez estoy más cerca.

—¿Cómo lo sabes?

—Me he convertido en una pesadilla para ciertas personas. Al principio me toleraron, pero ahora necesitan retirarme de la circulación.

—Oh, Dick, hablas como los héroes de las películas.

Maxwell pensó en la forma que se había librado de los gángsters y no pudo por menos que sonreír. Había sido, efectivamente, como en una película.

De pronto un teléfono se puso a repiquetear.

Los dos lo miraron a un tiempo. Estaba sobre una pequeña mesa.

Sonó otras dos veces y permanecieron inmóviles. Finalmente, Viola se alejó de Dick y cogió el auricular.

—¿Sí? Diga… ¿Cómo…? Está aquí.

Maxwell enarcó las cejas cuando ella le alargó el auricular.

—¿Quién llama?

—El capitán Crane.

Dick se acercó el micro.

—Diga, capitán Crane.

—Usted tenía razón, amigo.

—¿En qué??

—No era su; rubia. La hemos identificado. Su nombre es Mary Forrest, veintiocho años de edad, natural de Idle Port, Texas. Trabajaba como empleada en la estación de gasolina de Spencer Newman. Lo extraño del caso es que no se había despedido de su patrón. —Para mí está claro, capitán.

—¿Cómo dice?

—Esa joven nunca tuvo intención de abandonar Centerville. Fue asesinada por una razón de oportunidad. Quisieron confundirme.

—¿Cree que por eso la mataron?

—Sí, capitán.

—¿Sólo por eso?

—Le apuesto doble contra sencillo, a que esa chica no viajaba en

el tren de Nueva York en que debía llegar a Centerville mi novia. La asesinaron canallescamente y luego dejaron cerca del tendido del ferrocarril para simula que había caído del convoy.

—Sólo falta que me diga quién lo hizo. Hágalo y estoy dispuesto a presentar la renuncia.

¿Sí? ¿Y de qué va a vivir entonces, capitán?

¿Quiere decir que conoce al asesino?

—Sí.

—¡Suéltelo de una vez!

—Es un tipo llamado Tommy.

—¿Tommy, qué más?

Tommy. Eso es todo. Aunque posiblemente lo ayudó otro fulano, cuyo nombre es Jocker.

—No conozco a nadie en Centerville que se llame Jocker.

—Quizá no conozca usted a toda la gente, y también es posible que ese tipo haya venido de fuera.

—Descríbamelos.

Maxwell hizo una descripción de los dos hombres que lo habían llevado al pozo abandonado para matarlo.

Luego, el capitán dijo:

—¿Por qué no se aparta de todo esto, Maxwell?

—Le diré una cosa. Si usted me hubiese devuelto a mi rubia, ella y yo estaríamos ahora muy lejos de Centerville. Pero ella continúa aquí.

—Usted lo sabe todo, ¿verdad, Maxwell? Supongamos que admito por un momento que su prometida desapareció verdaderamente en nuestra ciudad. ¿Por qué lo hicieron?

—Quizá pueda contestar pronto a su pregunta.

—Necesito que lo haga ahora.

—No puedo, capitán.

—Le voy a hacer una sugerencia, Maxwell.

—Hágala.

—Venga aquí y deje que lo encerremos en una celda. —¿Por qué?

—Me da en la nariz que usted va a ser la próxima víctima.

—Ahora no anda muy desencaminado, capitán. Y dígame, ¿cómo supo que yo estaba aquí?

—Cuando identificamos a la mujer, ordené que le buscasen por

toda la ciudad. Todas las pesquisas resultaron inútiles y entonces se me ocurrió pensar que estaría con la hija del fiscal.

—Resulta que, después de todo, no es usted un mal detective. Hasta la vista, capitán.

—Espere.

Pero Maxwell no esperó y dejó el auricular en la horquilla.

—¿Buenas noticias? —preguntó Viola.

—Medianas.

—¿Me vas a llevar a almorzar a algún sitio?

—¿Lo debo hacer?

—Me debes una invitación. ¿No lo recuerdas?

—Acostumbras a cancelar muy pronto tus deudas.

Ella dejó el vaso sobre la mesa, avanzó sobre él y le puso las manos en los hombros.

Luego lo besó en la boca.

—Estaré lista en un momento —dijo al separarse.

Maxwell la vio marchar, observando sus hermosas piernas.

Al quedar solo volvió la mirada al retrato de Miriam, la mujer del alcalde. Recordó punto por punto la historia que le había contado Tim
O'Malley,
el hombre que trabajaba duro.

Bebió el *whisky* que contenía su vaso y luego se acercó al mueble sirviéndose otra ración. Sentóse en un sillón y con la mirada fija en el cuadro sumióse en profundas reflexiones.

Viola apareció exhibiendo un modelo de mañana blandeo, con florecillas verdes. La falda tenía mucho vuelo. Los zapatos de tacón alto eran también blancos.

Abandonaron la casa. Al pie de la escalinata había un coche deportivo de color rojo.

Viola se puso al volante. Viajaron en silencio. Llegados a la calle Mayor de Centerville, la joven aparcó en un hueco.

Entraron en un restaurante y ocuparon una mesa que estaba envuelta en la penumbra.

Viola hizo el encargo al mozo.

Primero les trajeron dos martinis. Los jóvenes encendieron cigarrillos.

—¿Qué tiene tu rubia, Dick? —preguntó de pronto la joven.

—Es una chica corriente.
—¿Te gustan de esa clase?
—Sí, nunca he pedido más.
—Estoy dispuesta a ser la muchacha más corriente de todas.
—No, tú no, Viola.
—Siempre he conseguido lo que me he propuesto.
—Estoy seguro de que habrá alguien a quien le gustes como eres.
—Es posible, pero ellos no me gustan a mí. Tú eres el elegido, Dick.
Maxwell le cogió una mano y apretóla suavemente.
—Cada uno tenemos marcado nuestro destino y es inútil que tratemos de escapar de él.
—Sólo te falta añadir que yo me debo de casar con uno de los míos.
—Sí, creo que sí.
Ella retiró la mano bruscamente y sus ojos brillaron con más intensidad, fijos en los de Maxwell.
—¿Me rechazas, Dick?
—No emplees esas palabras.
—Voy a marcharme de Centerville y quiero que vengas conmigo.
—¿Qué es lo que te pasa, nena? Nos conocimos ayer.
—Yo también quiero escapar de todo esto.
—Quizá las cosas cambien y no tengas necesidad de escapar. Centerville puede ser una ciudad buena.
—Hay un tren que sale esta noche a las siete cuarenta, Dick. A las siete estaré en casa de mi tío, donde estuviste anoche. Quiero que vengas allí a recogerme. Nos iremos juntos a la estación.
—No, nena.
Te conviene, Dick. Te juro que te conviene.
De pronto ella se levantó.
—¿Te vas a ir? —preguntó Dick.
—Sí, ahora es lo mejor. Ya me invitarás en el tren.
—Esperarás inútilmente.
Ella apretó los labios y de pronto su voz cambió de tono.
—Ayúdame, por favor, Dick.
—Te estoy ayudando.

—Sólo lo harás si vienes conmigo. Te harás un favor a ti mismo.

Viola se alejó rápidamente y salió del establecimiento.

Maxwell quedó a solas. Bebió un trago del martini y quedóse pensativo.

El mozo hizo un gesto de extrañeza cuando llegó con los platos.

—La señorita tuvo que marcharse —dijo Dick.

Comió con poco apetito y cuando hubo terminado abandonó el restaurante. Echó a andar por la acera hacia el Hotel Central.

Vio a la puerta a Olson, el guardaespaldas de Eddie Farrow.

—¿Dónde se metió, Maxwell? —Inquirió el matón.

—¿Ocurre algo?

Olson señaló un coche.

—Venga conmigo. El jefe se ha vuelto loco dando órdenes para que lo encontrásemos. Ya tenemos a su chica.

—¿Dónde está?

—Un par de muchachos la están sacando a estas horas de la fosa.

CAPÍTULO X

El coche salió de la ciudad y corrió por una carretera que Maxwell ya conocía.

Dejaron atrás el negocio de Farrow y el lugar en que Dick encontró al desconocido con aires de intelectual.

—¿Es muy lejos? —preguntó Maxwell, abriendo la boca por primera vez desde que emprendió el viaje.

—Llegamos ya —respondió Olson, su único compañero de viaje —. Es cosa de cinco minutos.

Siguieron avanzando por la carretera, pero luego el coche se desvió por un sendero de grava que les condujo a una casa de campo.

Dick vio en la puerta a Eddie Farrow. Estaba en actitud pensativa, fumando un cigarrillo. Había otro hombre a la derecha, junto a un coche negro.

Olson apretó el pedal del freno.

Dick saltó encaminándose hacia donde estaba Farrow.

—Lo siento, muchacho —dijo el jugador y señaló con la mano el interior de la casa.

Maxwell pasó dentro. Junto al hogar yacía un cuerpo que habían cubierto con una sábana.

No había nadie en la habitación. Maxwell agachóse, cogió una punta de la sábana y tiró de ella.

La muerta quedó al descubierto.

Maxwell observó su cabello rubio todo impregnado de tierra mojada lo mismo qué la cara, los ojos y los oídos. Se cubría con un vestido color rosa. El conocía bien aquel vestido rosa. Le gustó desde la primera vez que se lo vio a Julie Varden. Sólo tenía puesto un zapato de color blanco, pero también lo reconocía como

perteneciente a Julie. Había tierra por todas partes.

Maxwell alargó la mano y cogió el escote del vestido, bajándolo un poco por la parte del hombro izquierdo. Luego se levantó y quedóse otro rato observando a la mujer muerta.

Salió fuera donde lo esperaba Farrow.

—¿Cómo logró encontrarla, Eddie? —le preguntó apretándose el puente de la nariz.

Farrow dio una chupada al cigarrillo y expulsó el humo. Observó el ceño arrugado de Dick.

—No quiero jaleos con la policía del Estado, Maxwell. ¿Se entera?

—Eso no contesta a mi pregunta.

—A usted solamente le debe importar los resultados, Maxwell. Ahí tiene a su chica.

—Quiero saber de qué forma ha dado con ella.

Olson estaba muy cerca, con la mano en la axila, listo para sacar el arma. Hubo un momento de suspense. Finalmente, Farrow sacudió la cabeza.

—De acuerdo, Maxwell. Se lo diré. Uno de mis chicos hizo cantar a un tipo vivo.

—Quiero ver a ese tipo vivo.

—Venga conmigo.

Dieron la vuelta a la casa y Farrow empujó una puerta.

Dick entró en una habitación. Tommy estaba en el suelo respirando entrecortadamente. Tenía señales en la cara de las que brotaba sangre. Debía sudar por todo el cuerpo porque tenía la camisa adherida a la piel. Había dos hombres mirándole. Uno de ellos sujetaba un cinturón por la parte opuesta a la hebilla.

—Ahí lo tiene —dijo Farrow, señalando a Tommy—. Ése fue quien hizo el trabajo y la enterró.

Tommy parpadeó, observando a Maxwell.

—¡Maldita sea…! Debí matarlo en el pozo… Tenía que haberle hecho caso a Jocker.

—Muy bien, Tommy —repuso Maxwell—. Pero ahora eres tú el que está atrapado.

—¿Ha cantado, Luke? —preguntó Farrow.

Luke, el del cinturón, se enjugó el sudor de la frente con la manga.

—Lo dirá todo, jefe. Es cuestión de un poco de paciencia. Nos trajo aquí y eso fue lo peor para él.

Tommy soltó un salivazo hacia Luke.

—¡Maldito verdugo! Si algún día te agarro no lo contarás.

Luke se echó a reír.

—Ese día no llegará, porque tú dejarás los huesos aquí, Tommy.

Maxwell se dirigió a Farrow.

—¿Me deja hablar con él un momento a solas?

—¿Por qué, Maxwell? ¿Por qué va a hablar a solas con él?

—Es una cuestión personal.

Farrow titubeó unos instantes y finalmente, hizo un gesto afirmativo.

—De acuerdo, Maxwell. Hablará con él. Vamos, muchachos, salid fuera.

Luke hizo una mueca, pero se dirigió hacia la puerta, seguido de su compañero.

Maxwell cerró cuando hubo salido Farrow.

Tommy continuaba en el suelo, escupiendo saliva mezclada con sangre.

—¿Y Jocker, Tommy?

—¡Váyase al infierno!

Dick sacó un cigarrillo y lo encendió expulsando una bocanada de humo.

—Tú y Jocker habéis asesinado a tres personas.

—¿Quién lo dice?

—No soy el que te va a acusar delante de un tribunal. Lo que hablemos tú y yo aquí no va a constar en ninguna parte.

—No me fío de los soplones.

—No soy un soplón, Tommy.

—Está bien, déjeme en paz.

—Cuando me hayas contado la verdad. Tú y Jocker recibisteis la orden de secuestrar a una joven rubia. Elegisteis a la mía y la seguisteis al bar de Armitage. La esperasteis fuera, en la calle. Ella salió del establecimiento y entregó una ayuda de cinco dólares a un mendigo que había en la puerta. Luego ella prosiguió su camino. Probablemente no se habría apartado más de diez yardas de la puerta del bar cuando vosotros le echasteis mano. Teníais el coche junta al bordillo de la acera y en menos de cinco segundos la

hicisteis desaparecer. ¿Fue así como ocurrió?

Tommy hizo un gesto de hastío.

—¿Y qué, si pasó así?

—No vinisteis aquí directamente, sino que os dirigisteis a una casa, quizá en el mismo Centerville.

—Pamplinas.

—¿Prefieres que te hable de lo de Carpenter?

—Eso no lo hice yo. Fue Jocker.

—Importa poco quien fuese. Tú y Jocker estáis atrapados.

Tommy soltó una risita.

—¿No se acuerda de sus palabras? Lo que yo pueda decir aquí no tiene ninguna trascendencia.

—¿Crees que Farrow va a dejar que te escapes?

Tommy enseñó los dientes en un gesto de agresividad.

—Farrow tendrá que conformarse. Si él nos ataca estará perdido. Será el principio del fin para él. Ha cometido un error al tenderle a usted la mano.

—Eres un asesino, Tommy, y tienes que pagar tus crímenes. Naturalmente, también lo van a pagar los que están detrás de ti.

—Usted es un entrometido, Maxwell. ¿Por qué no deja correr el agua? Está bien, se le fue su chica, eso es lo que ganó. Hay millones de mujeres por el mundo, rubias, pelirrojas, morenas. Tiene para elegir.

Maxwell no pudo soportarlo más y le soltó un trallazo con el dorso de la mano en la mejilla.

Tommy salió despedido hacia atrás lanzando un aullido.

La puerta se abrió de golpe y Maxwell volvió la cabeza. Farrow estaba allí.

—No logró nada, ¿eh, Maxwell?

—Muy poco —asintió Dick.

Farrow alargó la mano hacia fuera.

—Dame la pistola, Olson.

Se oyeron unos pasos y Olson se acercó a Farrow a quien entregó su negra pistola.

—¿Qué vas a hacer, Eddie? —preguntó Tommy.

—Voy a acabar contigo.

—Estás bromeando.

—Ahora lo vas a ver en seguida.

Los ojos de Tommy se desorbitaron.

—¡No puedes matarme, Farrow!

—¿Por qué no?

—Tú estás con ellos… No puedes volverte contra tus amos.

—Quizá esté harto de tener amos.

—Sin ellos no puedes hacer nada, será tu ruina…

—¿Sabes una cosa, Tommy? Cuando era pequeño vivía en una casa que tenía jardín. Yo me entretenía observando a los pajarillos que había en los nidos. Su madre les daba alimento mientras ellos no podían volar, pero, finalmente, llegaba un día en que los retoños batían las alas y entonces empezaban a vivir su vida por su cuenta. Es lo que voy a hacer yo en Centerville.

—Sería una, locura… No puedes estar hablando en serio —Tommy dio un paso hacia delante.

Farrow apretó el gatillo. Sonó un estampido y Tommy se estremeció.

—¡Farrow! —exclamó.

El jugador disparó de nuevo.

La primera vez había hecho blanco en el estómago. Ahora, en el pecho de Tommy, apareció otro agujero.

El asesino soltó un gruñido, dio un traspié y desplomóse de bruces en el suelo donde quedó inerte.

Maxwell miró a Farrow.

—No lo ha debido matar, Eddie.

—¿Por qué no? Era carroña… Mató a su chica.

Maxwell sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No, Eddie. No mató a mi chica.

—¿Le ha trastornado verla muerta? —murmuró Farrow con el ceño fruncido.

—No es ella.

—¿Quiere decir que ese cadáver no es el de su chica?

—Exactamente. Le pusieron el vestido y uno de los zapatos, pero no es mi prometida.

Farrow se echó a reír.

—¿Qué galimatías es éste? Me dijeron que apareció otro cadáver en Fairfax y que el capitán Crane lo llamó a usted anunciándole que era el de su rubia.

—Sí, ha ocurrido tal como dice.

—Es bueno eso, Maxwell. De modo que la policía encuentra un cadáver y yo otro y todos decimos que es su chica, pero usted niega que lo sea.

—Hubo interés en que yo identificase el primer cadáver como el de Julie Varden. Aquí sólo existe un error. ¿Vio usted el cadáver que hay en la casa, Farrow?

—No, no lo he visto. Nunca me ha gustado ver a los muertos.

—Es una pena.

Maxwell pasó junto a Farrow y salió al aire libre.

Olson estaba muy cerca y el hombre que estaba junto al automóvil negro jugueteaba con un revólver.

—¿Dónde va, Maxwell? —preguntó Farrow.

Dick se detuvo y giró sobre sus talones.

—Voy a regresar a la ciudad.

—No puede hacerlo.

—He de rescatar a Julie Varden.

—Usted sabe demasiadas cosas acerca de mí, Maxwell. No puedo exponerme a tener complicaciones.

—Me importan poco sus negocios, Farrow.

—Es lo que usted dice, pero es un periodista.

—Estoy disfrutando mis vacaciones, Farrow —dijo Dick, con ironía.

—Ustedes, cuando huelen un asunto, acaban las vacaciones.

—Mi caso es diferente, Farrow. Está bien informado. Me iba a casar aquí con Julie Varden. Mientras yo llegaba, Tommy y Jocker la secuestraron. La chica debe estar pasando muy mal rato. Voy ahora por ella. Se ha ganado un buen descanso.

Farrow sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Quédese aquí, Maxwell. Voy a ver a ese cadáver.

Farrow tiró la pistola al aire hacia Olson.

El tipo que estaba junto al automóvil había dejado de jugar con la pistola y ahora la apretaba fuertemente por la culata.

Farrow echó a andar hacia la puerta principal de la casa.

Al cabo de diez minutos regresó.

Maxwell observó que el rostro del jugador estaba muy pálido.

Olson echó una mirada al cielo, que se estaba cubriendo de nubes.

—Va a llover dentro de poco, jefe.

Farrow permaneció inmóvil observándose la punta de los zapatos. Luego miró a Dick.

—Tiene razón, Maxwell. Ella no es su chica.

—¿Me va a dejar ir ahora?

—No.

—¿Qué es lo que piensa hacer?

—El asunto se ha complicado mucho.

—Usted puede arreglar sus cosas sin necesidad de causar daño a terceras personas.

—Y las terceras personas son usted y su rubia…

—Sí, somos nosotros.

—Quizá haya una solución a medias, Maxwell.

—¿A qué se refiere?

—Es posible que su rubia no se haya enterado de mucho. Lo sabré en cuanto hable con ella. Quizá pueda regresar a su punto de origen, pero irá sola, sin usted.

Luego Farrow giró sobre sus talones y se dirigió hacia el coche.

—Vamos, Kent.

Olson apuntaba con la pistola al cuerpo de Dick.

—No te pongas nervioso, muchacho —dijo.

Dick apretó los dientes con rabia.

—¡Farrow! —llamó.

El jugador ya había abierto la portezuela del coche negro y volvió la cabeza.

—No hace falta que diga más, Maxwell. Está sentenciado.

Luego, sin decir otra palabra, se coló dentro del coche y cerró la portezuela con fuerza.

Kent se puso al volante y poco después el automóvil se alejaba de aquel lugar. Empezaron a caer gruesas gotas.

—Anda, Maxwell —dijo Olson—. Entra en la casa. Aquí nos vamos a mojar.

Dick caminó despacio hacia la habitación donde había muerto Tommy.

Olson caminó detrás de él.

Un relámpago cruzó el cielo y poco después se oyó el fragor del trueno.

Maxwell entró en la habitación y de pronto saltó a un lado y cerró la puerta con fuerza.

Olson disparó.

La bala atravesó la puerta y fue a sepultarse en la pared de enfrente.

Maxwell se quejó junto a la puerta apoyando la nuca en el muro.

Olson soltó desde fuera una carcajada.

—¿Crees que te vas a librar, Maxwell? ¿Es que no te has fijado? Echa una ojeada a las ventanas.

Dick observó las ventanas y lanzó una imprecación al darse cuenta de que estaban enrejadas. La única escapatoria era la puerta.

Olson disparó dos veces a la cerradura y ésta saltó.

—¿Tienes miedo, Maxwell?

Dick no respondió. Agachóse rápidamente sobre el cadáver de Tommy y lo cogió en brazos. Sin tener en cuenta que pudiera encontrarse en el camino una bala, se acercó a la puerta llevando a peso el cadáver de Tommy y dejó éste en el suelo. Lo colocó de forma que las piernas fuesen lo primero que Olson viese si abría la puerta. Luego se arrimó otra vez a la pared procurando contener el resuello.

—¿Me oyes, Maxwell? —habló otra vez Olson—. ¿Es que te he alcanzado?

Dick inspiró lentamente para llenar sus pulmones de oxígeno.

—¡Maldita sea, Maxwell…! ¡Contesta de una vez!

Tampoco hubo respuesta.

Olson empujó la puerta desde fuera y ésta se abrió lentamente chirriando hasta encontrar en su camino el cuerpo de Tommy.

Ahora Olson debía estar viendo desde fuera los pies del muerto. Naturalmente, él sabía que Tommy no debía encontrarse allí.

Maxwell pidió al cielo que Olson tragase el cebo.

Oyó sus pasos indecisos y finalmente empezó a introducirse en la habitación.

Dick puso los músculos en tensión y saltó sobre el gángster. Cayó sobre él justo cuando iba a disparar. Maxwell lo aprisionó por fa muñeca y se la llevó atrás.

Olson lanzó un juramento y, repuesto de la sorpresa, cogió con la mano libre a Dick por el cuello.

Empezaron a forcejear. Maxwell se dio cuenta de que Olson era un tipo con mucha fuerza. Sólo se oían sus jadeos y el repiqueteo de la lluvia en el techo.

Maxwell vio cómo la pistola giraba hacia él. Para Olson sería como un juego colocar el dedo en el gatillo y apretarlo.

No podía contener aquella mano que iba a acabar con su vida. Sólo había una solución; dejarse caer al suelo.

Primero contuvo a Olson un segundo más y luego saltó atrayendo a su rival.

Los dos cuerpos rodaron por el piso y de pronto sobrevino el disparo.

Maxwell continuó luchando y de pronto se dio cuenta de que los músculos de Olson se relajaban. Ambos quedaron inmóviles, Maxwell encima del gángster.

Un rayo cayó en las cercanías con un tableteo ensordecedor.

Maxwell observó la cara de Olson. Estaba inmóvil, con los ojos muy abiertos.

Entonces se puso en pie y descubrió el agujero que había en el estómago de su víctima. Había sido simplemente una cuestión de suerte y a él, Dick, le había tocado la mejor parte.

Desprendió la pistola de las manos del cadáver y se la metió en el bolsillo. Luego, rápidamente, salió de la casa y ocupó el automóvil que el propio Olson había conducido allí desde Centerville.

Pocos minutos después tomaba una curva con dos ruedas y cuando más tarde salió a la carretera corrió como una exhalación hacia la ciudad.

Capítulo XI

Maxwell descendió del coche frente a la casa de Clyde Whiting. La puerta de hierro que daba acceso al jardín estaba abierta de par en par. Se coló por ella caminando velozmente.

Subió la escalinata y pulsó el timbre. Le abrió el hombre que había visto la noche anterior arriba saludando a los invitados a la fiesta del alcalde.

—¿Qué desea, señor?

—La señorita Viola me espera.

El mayordomo le franqueó la entrada y luego lo introdujo en el salón donde se había celebrado el baile.

Maxwell quedó a solas. Encendió un cigarrillo y apenas hubo expulsado un chorro de humo la puerta se abrió de repente.

—¡Dick! —exclamó Viola.

Maxwell observó el rostro de la joven inundado por una sonrisa de triunfo.

Ella cerró a sus espaldas y caminó rápidamente hacia Maxwell con los brazos extendidos.

—No es lo que tú crees, Viola —dijo Dick.

La joven se detuvo.

—¿Qué quieres decir?

—No vamos a marcharnos juntos.

Entre las dos cejas de Viola apareció un fruncimiento.

—¿Es que has venido solamente a despedirte?

—Hay otra cosa, Viola.

—¿El qué?

—Quiero ver a tu tía Miriam.

—Eso sí que es extraño —sonrió ella con ironía—. Dijiste que eres periodista, no médico.

—Mi interés es puramente personal.
—Temo que eso no va a ser posible, Dick.
—¿Por qué no?
—Tía Miriam se encuentra muy enferma.
—¿La has visto tú?
—Oh, no. Yo tampoco la he podido visitar en su habitación. ¿No lo oíste anoche a mi tío? El doctor le ha prohibido toda clase de conversación.
—¿Desde cuándo no ves a Miriam, Viola?
—¿Te importa eso?
—Si.
—Está bien. La vi hace tres días.
—Estupendo. Entonces ya va siendo hora de que eches una parrafada con ella.
Maxwell caminó hacia la joven y la tomó del brazo.
—¿Qué haces, Dick?
—Ya lo has oído, vamos a ver a Miriam.
—Tú estás loco.
—Quizá deje de estarlo cuando haya echado un vistazo a tu tía.
Salieron de la habitación y ascendieron por la escalinata central.
Viola caminó por un corredor que había a la derecha, seguida por Maxwell. Finalmente la joven se detuvo ante la puerta del fondo. Puso la mano en el tirador y lo hizo girar, pero la puerta no obedeció a su impulso.
—Está cerrada con llave —anunció Viola.
De pronto una voz preguntó a sus espaldas:
—¿Qué pasa aquí, Viola?
Se volvieron a un tiempo.
Era Clyde Whiting, el alcalde y marido de Miriam.
—Hola, tío, quería despedirme de Miriam.
Whiting se mojó el labio inferior con la lengua. Luego sonrió.
—Es una amabilidad por tu parte, Viola, pero no es necesario. Yo sabré disculparte.
Hubo un silencio.
Maxwell estaba observando fijamente el rostro del alcalde.
—Yo también quiero ver a su esposa, señor Whiting.
El alcalde frunció el ceño.
—¿Para qué quiere verla, señor Maxwell?

—Necesito comprobar algo.
—Lo siento, no puedo ayudarlo.
—Será mejor para usted que abra.
—Me está amenazando en mi propia casa, señor Maxwell.
Viola exclamó:
—Esto es ridículo, Dick. ¿Qué es lo que te pasa?
—Lo sabrás a su debido tiempo. Ahora Whiting va a abrir esa puerta.
—Usted no puede dar órdenes aquí —contestó el alcalde enrojeciendo cada vez más—. Y le ruego que abandone mi casa.
Maxwell sacó la pistola del bolsillo.
Viola y Whiting observaron el arma asombrados.
—¿Qué te propones, Dick? —preguntó la joven.
—Si él no nos da la llave para abrir esa puerta, salto la cerradura.
Sobrevino otra pausa.
—¿Te das cuenta de lo que estás haciendo, Dick? —preguntó la muchacha.
—No, no se da cuenta —Whiting trató de sonreír—. Me contaron lo que le pasó a este muchacho. Su novia desapareció y cree ver en cada ciudadano de Centerville a un secuestrador.
—¿Va a abrir, señor Whiting? ¿O prefiere que le eche a perder su hermosa puerta?
El labio inferior del alcalde se estremeció.
—Lo haré, señor Maxwell… Está violando mi domicilio. Cuando salga de aquí le juro que lo arruinaré aunque sea lo último que haga en mi vida.
—De acuerdo. Voy a correr ese riesgo, pero saque la llave.
Whiting vaciló todavía unos instantes y Dick movió la pistola hacia la cerradura.
—No hace falta que dispare —dijo el alcalde.
Sacó la llave del bolsillo y acercándola a la puerta introdujo aquélla en la cerradura. La hizo girar y sonó un chasquido.
—Abre, Viola —dijo Dick.
La joven abrió ahora sin dificultad.
—Pase, alcalde —dijo Maxwell.
—¡Usted no me puede obligar, señor Maxwell!
—Haga lo que le ordeno, alcalde. Soy yo quien dirige este baile.

El rostro de Whiting había empezado a transpirar sudor. Hizo una mueca, pero finalmente accedió con un movimiento de cabeza.

Primero pasó Viola y luego Whiting. Dick entró tras ellos y cerró a sus espaldas.

Da habitación estaba en la semipenumbra.

—Abre una ventana, Viola.

El alcalde se quedó junto a la puerta y Maxwell caminó con paso elástico hacia la cama que había a la izquierda mientras Viola dejaba entrar la luz del sol.

Una cabeza de cabello rubio yacía en la almohada. Estaba inmóvil, como si durmiese.

Maxwell se detuvo observando las profundas ojeras de la enferma, la respiración entrecortada.

—¡Maldito sea, alcalde! —exclamó— ¡Debía arrancarle el corazón por esto!

El alcalde se apoyó en la pared. Sus piernas temblaban.

Viola avanzó desde la ventana, la frente arrugada y la mirada fija en el cuerpo que había en el lecho.

Maxwell se sentó en el borde de la cama.

—Julie —llamó.

—¿Julie? —repitió Viola.

Maxwell levantó la mirada.

—Sí, Julie Varden, la joven con la que yo me iba a casar.

—¡No!

Maxwell pasó el brazo por debajo de la espalda de la rubia.

—Julie —llamó otra vez.

—¿Y Miriam? —preguntó de pronto Viola.

Maxwell observó al alcalde.

—Te lo podrá decir tu tío.

Whiting se apretaba nerviosamente las manos mirando fijamente a su sobrina.

—¡No lo quise, hacer, Viola…! Tienes que creerme.

—¿Qué es lo que no quisiste hacer, tío?

—Le dije que se apartase de Farrow… Se lo advertí una y mil veces, pero ella no me hizo ningún caso. Yo tenía derecho a ella, era mi mujer. ¿Verdad, Viola? Tú te haces cargo…

—¿Qué ocurrió, Clyde?

—Sostuvimos una pelea. Fue como siempre, ella me desafió y

empezó a insultarme. Yo le rogué que se callase, pero ella no quiso. Había tomado alguna droga y eso le daba muchos ánimos… Me dijo cosas horribles, Viola… Cosas horribles.

Whiting hizo una pausa, sacóse el pañuelo del bolsillo y empezó a enjugarse el sudor que bañaba su rostro.

Yo la quería, Viola, tú lo sabes… No quería perderla, estaba enamorado de ella, siempre lo estuve. Ella me iba a abandonar. Había intentado el divorcio, me lo pidió muchas veces, pero yo no quise y logré convencerla para mantenerla a mi lado, pero esta vez no quiso escucharme…

Me dijo que se iba con Farrow… ¿Lo entiendes…? ¡Se iba a ir con Farrow! Yo no lo pude consentir, era mi mujer, estaba obligada a obedecerme… Se rió de mí… Empezó a reírse, es como si la estuviese viendo… La he seguido oyendo de noche… No sé lo que me pasó… Deseé que dejase de reír, se lo supliqué, se lo pedí, Viola, le rogué que no riese más, pero ella lo hacía cada vez con más fuerza… Y entonces quise interrumpirla yo mismo. No sé cómo ocurrió… No lo sé. Empecé a apretarla, pero ella seguía riendo y yo apretaba con todas mis fuerzas su cuello, pero no dejaba de reír… Te lo juro, Viola, no dejaba de reír… hasta que de pronto todo acabó… y ella estaba allí en el suelo, sin moverse… ¡Fue un accidente, Viola! ¡Te lo juro, fue un accidente…! Y estaba muerta.

Hubo un largo silencio que interrumpió Maxwell.

—Julie… Soy Dick, estoy aquí, a tu lado…

La joven empezó a mover la cabeza emitiendo un quejido.

—¡Dios mío! —exclamó Viola—. ¡Mataste a Miriam!

—Sí, eso es lo que hizo —dijo Dick—. Y sólo se le ocurrió hacer desaparecer el cadáver y poner aquí, en el lugar de Miriam, a alguien que tuviese un ligero parecido.

—¿Para qué?

—Para destrozarla con las drogas. Cuando hubiesen tenido suficientemente molida a Julie, el alcalde hubiese hecho aparecer su fallecimiento como una cosa natural, y Julie hubiese ocupado en el ataúd el lugar que correspondía a Miriam.

Viola miró a Clyde.

—¿Es cierto, tío?

—No se me ocurrió a mí solo. Todos estábamos de acuerdo, pero no te lo dijimos a ti, porque pensamos que no darías tu

conformidad… ¡Pero toda la familia me apoyó…! ¿Lo sabes, Viola…? ¡Toda la familia! Fue un accidente, no podían hacérmelo pagar. No tuve la culpa. Nosotros somos gente importante en la ciudad, Viola.

—Gente importante —repitió Viola con sarcasmo—. Y ahora lo seremos mucho más, ¿verdad, Clyde? Tenemos en la familia a un asesino.

—¡No maté a Miriam premeditadamente!

—Pero ibas a matar a esa chica, a la prometida de Maxwell.

Hubo un silencio. Whiting jadeaba como si hubiese hecho una larga carrera.

—Sí —dijo Maxwell—. Eso es lo que iba a hacer, matar a Julie, pero antes se deshicieron del cadáver de Miriam. Les fue fácil. Contrataron a dos gángsters, dos tipos llamados Tommy y Jocker. Primero tuvieron que hacer un trabajo extra, traer aquí a una mujer rubia que a ser posible no fuese de la ciudad. A Tommy y a Jocker sólo se les ocurrió dejarse caer por la estación del ferrocarril. Pensaron que tendrían más probabilidades de éxito si su víctima era alguna viajera que llegaba a la ciudad, y casualmente eligieron a Julie. Todo les salió redondo porque mi prometida no fue directamente al hotel. Se detuvo en el bar de Armitage y cuando salió de allí, ellos le echaron mano.

Maxwell hizo una pausa observando el pálido rostro que parecía despertar.

Trajeron aquí a Julie y se llevaron el cadáver de Miriam. Lo enterraron en una casa de campo que hay a unas cuantas millas de Centerville. Pero mi intervención les echó a perder el negocio.

Viola meneó la cabeza lentamente de arriba abajo.

—¿Lo sabe Farrow, Dick?

—Sí, ya lo sabe, porque vio el cadáver de Miriam.

—¡Tengo que marcharme! —gritó Clyde—. ¡He de escapar de aquí! ¡Por lo que más quiera, Maxwell, ayúdeme…!

—No puede huir a ninguna parte, Whiting —opuso Maxwell—. Le perseguirá la policía y alguien mucho peor, Eddie Farrow.

—¡Tomaré un avión!

—Usted es un iluso, Whiting. No pierda el control de sus nervios. La mejor protección para usted es la policía.

—¡Me acusarán de asesinato!

—Sólo fue homicidio y seguramente encontrarán algunos atenuantes. Obcecación y luego está lo de que su mujer era la amante de Farrow. Saldrá bien librado, desgraciadamente.

—Pero me cargaré también lo de su prometida —dijo Clyde ahogándose.

—Julie y yo jamás regresaremos a Centerville y por ello no presentaremos la denuncia. Ya tiene usted bastante con lo de su esposa. De todas formas se ha ganado un buen encierro.

—¡No pueden meterme en la cárcel! ¡Soy Clyde Whiting! ¿Lo entiende?

—Apuesto a que eso no será tenido en cuenta. Whiting se llevó la mano al cuello.

—¡No puedo quedarme…! ¡No puedo!

Corrió la mano y de un tirón abrió la puerta.

Salió por ella y de pronto sonó un estampido.

El alcalde se estremeció mirando hacia el corredor.

La voz de Eddie Farrow sonó sarcástica:

—¿Dónde ibas, alcalde?

Whiting se apoyó en la jamba de la puerta respirando entrecortadamente.

Maxwell dejó a Julie sobre la almohada y apretó la culata de la pistola.

—¡Farrow! —exclamó Whiting—. ¡Eres un asesino!

—Sí, soy un asesino, pero antes lo fuiste tú, Clyde.

—¡Te llevarán a la silla eléctrica por esto!

—No, alcalde. Me largo. Ahora ya no tengo a Miriam y he reunido todo mi dinero, por eso invertí un poco cíe tiempo en dejarme caer por aquí. Sólo vine para mandarte al infierno. Buen viaje, Clyde.

Sonó otro disparo. El alcalde se estremeció nuevamente al recibir el impacto en el cuerpo. Giró sobre sus talones y se desplomó dentro de la habitación. Luego hubo un silencio.

Se oyeron unos pasos y Eddie Farrow apareció en el hueco. Tenía la pistola en la mano apuntando hacia el suelo y se quedó sorprendido al ver a Maxwell al fondo, junto a la cama, con un arma en la mano.

¿Usted, Maxwell?

—Sí, Farrow.

Eddie sonrió.
—Parece estar en todas partes.
—Aquí hacía mucha falta. ¿No se lo dije?
—¿Y Olson?
—Muerto.
—Debí suponérmelo. Bien; de todas formas celebro que haya recuperado a su chica. Yo me voy.
—Usted no se va.
—¿Qué le pasa, Maxwell? ¿No lo ayudé?
—Sí, me ayudó por propia conveniencia. Usted no sabía que Miriam había muerto. Sólo ha pensado en marcharse cuando descubrió que el cadáver que se encontró en la casa de campo era el de ella. Usted mismo lo ha dicho. Ha pensado en su venganza y en largarse.
—¿Qué tiene de malo…? El alcalde se iba a cargar a su chica.
—Sí, eso lo sé.
—Ahora está muerto.
—No debió balearlo, Farrow. Era un hombre para la policía.
—Usted no conoce esta ciudad, Maxwell. No sea ingenuo. Clyde Whiting se hubiese librado. Todo está aquí corrompido.
Maxwell sacudió la cabeza.
—Ya va siendo hora de que Centerville sea algo decente.
—Yo apruebo su plan —sonrió Farrow—. Me voy.
—Apuesto a que no habla sinceramente.
—Acompáñeme al avión si quiere.
—Es posible que se traslade físicamente de lugar, pero apuesto a que deja algún compinche para continuar su negocio. Piensa que aquí seguirán las cosas lo mismo, y su segundo de a bordo le enviará buenos beneficios al lugar donde se encuentre pasando su temporada.
—No se pase de listo, Maxwell.
—Tire el arma al suelo.
—Deje de hacer el héroe. ¿Quiere dinero? Está bien, lo tendrá.
Pero lo que hizo, de pronto, fue levantar la pistola.
Maxwell apretó el gatillo.
Farrow recibió el impacto en el hombro y giró como una peonza mientras dejaba caer la pistola en el suelo.
En ese instante la puerta de la calle se abrió y se oyeron carreras

por la escalera.

Farrow, de rodillas en el suelo, trató de coger el arma, pero entonces lo conminó la voz del capitán Crane:

—¡Quieto, Farrow, o le baleo!

CAPÍTULO XII

Dick Maxwell y Julie Varden se cogían las manos en la estación de Centerville.

Esperaban el tren que de un momento a otro llegaría para trasladarse a Nueva York.

De pronto una voz carraspeó a sus espaldas.

Ambos giraron y vieron ante si al capitán Crane. El policía se tocó el ala del sombrero.

—¿Se casaron, muchachos?

—Hemos decidido demorarlo hasta que lleguemos a Nueva York.

—Sí, creo que han decidido bien. Me dijeron en el hotel que se acababan de marchar. Casi no llego a tiempo para despedirlos.

—Gracias por haber venido, capitán, y siento que entre nosotros haya habido algún roce.

—No se preocupe —sonrió Crane—. Son cosas que pasan.

El tren anunció su presencia desde lejos. El policía dijo:

—Quizá le guste saber por qué he tolerado yo ciertas cosas. No me quedaba más remedio que hacerlo. Eran órdenes superiores, pero tenía ganas de meterles mano, Maxwell. Yo era un hombre cansado, aburrido, pero ahora, con lo que usted ha hecho, es como si me hubiese quitado diez años de encima. Habrá orden y paz en Centerville.

—No lo dudo, capitán.

—El fiscal ha presentado su dimisión. Creo que toda la familia Whiting va a emigrar de aquí. Será bueno para Centerville. Viola también se va, pero se casará antes con Johnny Riordan, un tipo que está enamorado de ella desde hace muchos años. Usted la ha corregido también a ella. Es posible que encuentre su felicidad. Ah, cogimos a Jocker. No aquí, sino en una ciudad vecina. Le haremos

pagar lo de Mary Forrester, lo de Carpenter y media docena de cosas más. Tenemos las celdas llenas. Usted nos ha buscado trabajo extra, amigo.

El tren se detuvo ante la estación y los viajeros empezaron a subir.

Dick tendió su mano al capitán y éste se la estrechó fuerte. Luego Crane hizo lo propio con la diestra que Julie le tendía.

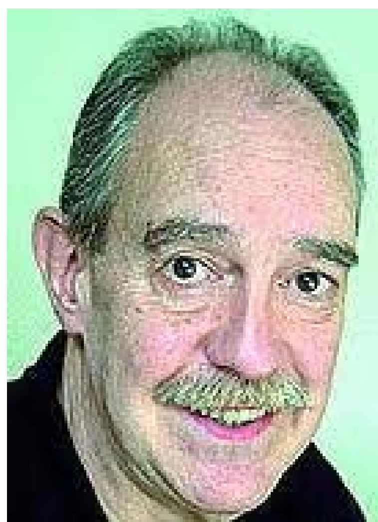
—Buena suerte —dijo el policía.

Maxwell hizo una señal al mozo y éste cogió las valijas. Después subieron al vagón.

El tren empezó a moverse.

Maxwell apretó contra sí a Julie y la besó en la nariz. Luego volvió la mirada hacia el capitán Crane, el cual continuaba inmóvil en el mismo sitio, agitando la mano en el aire. Le deseó suerte mentalmente y luego dijo adiós a Centerville.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).